

HISTÓRICAS

Mayo agosto 1991



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

32

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Gisela von Wobeser
Directora

Martha Loyo
Secretaria Académica

Investigadores

Carlos Bosch García	José Luis Mirafuentes
Johanna Broda	Roberto Moreno de los Arcos
Rosa de Lourdes Camelo	Josefina Muriel
Víctor M. Castillo Farreras	Edmundo O'Gorman
Felipe Castro	Juan A. Ortega y Medina
María José García Quintana	Sergio Ortega Noriega
Amaya Garritz Ruiz	Ignacio del Río
Virginia Guedea	Rubén Romero Galván
Martín González de la Vara	Pablo Serrano Álvarez
Miguel León-Portilla	Marcela Terrazas
Janet Long Solís	Ernesto de la Torre Villar
Teresa Lozano Armendares	Carmen Vázquez Mantecón
Leonor Ludlow	Silvestre Villegas Revueltas
Carlos Martínez Marín	Carmen Yuste
Alvaro Matute Aguirre	

Técnicos Académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos	Patricia Osante Carrera
Guadalupe Borgonio Gaspar	Ricardo Sánchez Flores
Cristina Carbó	Juan Domingo Vidargas
Javier Manríquez	

María Rosa Martínez
Secretaria Administrativa

Margarita O'Farrill
Coordinadora de Publicaciones

Marianela Heredia Abarca
Coordinadora de Biblioteca

Ramón Luna
Asesor Editorial

HISTÓRICAS 32

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. UNAM.

mayo-agosto 1991

ISSN 0187-182x



Gisela von Wobeser
Directora

Cristina Carbó
Jefe de redacción

Comité Editorial

Johanna Broda
Rosa Camelo
Cristina Carbó
Amaya Garritz
Virginia Guedea
Janet Long Solís
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute Aguirre
José Luis Mirafuentes
Ernesto de la Torre Villar
Carmen Yuste

Índice

Noticias

Baja California en el Archivo General de la Nación	3
El historiador frente a la historia	4
Tradicón e innovaci3n en la sociedad azteca y en los estudios aztecas	16
Homenaje a Lorenzo Luna	17
El espionaje en la historia de México	18
Becarios del IIH	20

Trabajos en curso

Revoluci3n y posrevoluci3n en Colima, 1910-1955	21
---	----

Publicaciones

Publicaciones del IIH	24
-----------------------	----

Artículos

<i>Aculturaci3n y resistencia étnica en Baja California: La rebeli3n indígena de 1734</i> por Ignacio del Río	27
--	----

Reseñas

¿Una nueva aportaci3n sobre literatura náhuatl: el libro de Amos Segala? por Miguel León-Portilla	44
Ángel Palerm Vich por Juan A. Ortega y Medina	59

Noticias

Baja California en el Archivo General de la Nación

El Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC lleva a cabo, desde hace tres años, el proyecto denominado Baja California en el Archivo General de la Nación, con el propósito de recuperar los documentos históricos referentes a la Baja California, siglos XIX y XX, que existen en los diferentes acervos del más importante repositorio documental de nuestro país, el Archivo General de la Nación.

A la fecha se han revisado once grupos documentales. Con excepción del *Archivo Histórico de la SEP* todos los grupos documentales están dentro de los acervos del AGN. Tres de éstos, *Gobernación*, *Periodo Revolucionario* y *Dirección General de Gobierno*, forman una unidad ya que su procedencia institucional es la misma. La revisión de estos tres fondos nos ha permitido una recuperación homogénea de una buena parte de la historia documental de Baja California para el periodo comprendido entre 1821 y 1960. El fondo *Justicia y Negocios Eclesiásticos* resultó rico en información sobre la presencia misionera en la península para el periodo 1821-1850. El de *Límites México-Estados Unidos* permite la reconstrucción histórica de los trabajos de monumentación de nuestra frontera con los Estados Unidos durante

la segunda mitad del siglo XIX. Los fondos *Departamento de Trabajo*, *Departamento Autónomo de Trabajo* y *Obregón-Calles* ofrecen información importante sobre las organizaciones y movimientos laborales en las nacientes ciudades fronterizas de la Baja California, entre 1920 y 1940.

Todos los documentos, una vez inventariados, ordenados, clasificados y catalogados se trasladan a Tijuana, sede del mencionado centro. Una vez microfilmados éstos se incorporan al acervo documental sobre Baja California que existe en el mismo. Hasta el momento se han enviado 100 000 folios distribuidos en 6 500 expedientes que están a disposición de los interesados no sólo en la historia bajacaliforniana, sino en el estudio de la problemática económica, política y social de la entidad.

La publicación de los catálogos correspondientes está en proceso de edición. Simultáneamente, y con el apoyo de un programa Micro-Isis, se trabaja en la creación de un banco de datos para la automatización del servicio de consulta de los mencionados fondos.

Aidé Grijalva
Centro de Investigaciones
Históricas UNAM-UABC

El historiador frente a la historia Segunda parte

Durante los meses de marzo y abril del corriente año tuvo lugar, en la Sala de Juntas del Instituto de Investigaciones Históricas, el ciclo de conferencias intitulado "El historiador frente a la historia", segunda parte. De la misma manera que el año pasado, hubo una nutrida concurrencia, tanto de investigadores como de estudiantes interesados en esta temática.

El día 13 de marzo el expositor fue el doctor Álvaro Matute, quien habló sobre la *Historia Política*. El miércoles siguiente, el maestro Horacio Crespo se refirió a la *Historia Cuantitativa*. Después del paréntesis de Semana Santa, el conferencista fue el

doctor Sergio Ortega Noriega quien habló sobre *Introducción a la Historia de las Mentalidades*, el día 3 de abril, mientras que el doctor Carlos Marichal se refirió a la *Historia Económica*, el día 10 del mismo mes. La *Historia de la Mujer* fue el tema tratado por la doctora Josefina Muriel, el miércoles siguiente, y las sesiones concluyeron con la conferencia del maestro Carlos Martínez Assad sobre *Historia Regional*.

Ambas partes de este ciclo de conferencias serán publicadas por el Instituto en breve plazo. A continuación presentamos las reseñas de estos trabajos.

Historia Política

El doctor Álvaro Matute inició su exposición comentando que la *nouvelle histoire française* proscribió tres ramas tradicionales de la historiografía: la política, la militar y la diplomática, señalando que esto se justificaba plenamente por las circunstancias históricas de la época. Sin embargo, en su opinión, hay países que no tienen aún resuelto su presente político, por lo cual necesitan indagar su pasado, para resolver su futuro. Agregó que

la historia política no puede ser científicamente pura; está impregnada por las ideologías (como todo producto humano) en mayor o menor grado. A su vez, el historiador que se dedica a esta rama de la historiografía tiene dos opciones: o se coloca en la posición del Estado y es un "intelectual orgánico", o se ubica con la sociedad civil, contrapuesta a dicho Estado, y cumple así una función crítica. Puso como ejemplos a Daniel



Cosío Villegas y Jesús Reyes Heróles, relatando cómo el primero de estos intelectuales, después de hacer serios cuestionamientos y condenar al presente por "traidor al pasado", se propuso elaborar una macrohistoria del porfiriato y la república restaurada, para lo cual inició, en 1948, el *Seminario de Historia Moderna de México*, en El Colegio de México; fue así que produjo un auténtico "monumento historiográfico" que abarca un amplio periodo de la vida política interior y exterior de México. Destacó que Cosío Villegas es un ejemplo de algo que ya es frecuente en la historiografía: la simbiosis entre el historiador y el periodista-comentarista político, además de ser un maestro indiscutible de la historiografía política.

Más adelante señaló que resulta válido que académicos investiguen la política, aunque carezcan de experiencia en ella, pues sí tienen conocimientos teóricos y comentó que en la

actualidad se ha producido una novedad en el medio mexicano: en los últimos veinte años, varios historiadores académicos —Araldo Córdova, Lorenzo Meyer, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín— se han convertido en políticos y expresan opiniones que son tomadas en cuenta tanto por el Estado como por la sociedad civil, hecho que demuestra que historiadores y politólogos pueden influir en el poder o, según Weber, ejercer una *vocación política*. Son intelectuales que usan sus conocimientos como una herramienta crítica, con la cual inciden en la toma de decisiones.

Hasta la fecha, el tema más frecuente de la historiografía política mexicana ha sido el Estado, esto tiene su razón de ser en el carácter que ha adoptado, al abarcar funciones de la sociedad civil. Aunque muy empírica todavía, la historiografía política ha avanzado bastante en los últimos tiempos. Puso como ejemplos a Moisés González Navarro y su discípulo Fernando Díaz Díaz, cuya obra hace aportes significativos a la distinción entre los conceptos de caudillismo y cacicazgo, analizando a dos personajes históricos a partir de "una concepción . . . que hace referencia a diferentes tipos de dominio en realidades sociales concretas".

El conferencista manifestó su preferencia por este tipo de historiografía interdisciplinaria, "de apoyo sociológico weberiano", en la que colaboran la historia, la ciencia política y la sociología, pues el análisis de la realidad de diferentes espacios y tiempos se enriquece cuando se logra descubrir,

en prototipos políticos, los rasgos característicos de situaciones como la de dominación.

Antes de concluir su disertación, el doctor Matute se refirió a la *prosopografía* como metodología para entender las relaciones que los grupos políticos establecen entre sí, analizando sus orígenes y desarrollo. Este tipo de biografía colectiva ha sido

practicado por Luis González en nuestro medio, por politólogos como Peter Smith y Roderic Camp y por historiadores: François Xavier Guerra y Richard Sinkin. Finalmente dijo que es la conciencia del historiador como ciudadano la que lo obliga a establecer un diálogo del pasado con el presente.

Historia Cuantitativa

De acuerdo con el conferencista, maestro Horacio Crespo, la *Historia Cuantitativa* forma parte de la corriente innovadora que crearon Marc Bloch y Lucien Febvre hacia 1929, cuyas ideas se divulgaron a través de la revista francesa *Annales*. Dicha revista tuvo una gran influencia sobre la historiografía contemporánea en Europa y también en Latinoamérica.

Ambos historiadores, formados por el marxismo, aspiraron a una historia global, que tuviera "mayor amplitud y profundidad". Según Febvre, el historiador debía transformarse de *ordenador de datos* a crítico que planteara preguntas, liberarse de la tiranía del documento y utilizar las metodologías de otras disciplinas, evitando las parcelas discontinuas. El



historiador es quien crea el objeto de estudio y la historia se convierte en una constante renovación de interrogaciones y problemas, en una auténtica "obra abierta".

En esta nueva concepción se superó el fundamento del historicismo, la primacía del hecho político y la hegemonía del estado. Lo novedoso fue abandonar la historia de los acontecimientos, para ocuparse del análisis de las estructuras de larga duración. El interés pasó del hecho "inefable" de los positivistas a los datos seriados; del episodio a los elementos escogidos o contruidos para ser comparables entre sí. La crítica ya no se haría sobre la veracidad o falsedad de los documentos utilizados sino sobre la coherencia interna de las series construidas. Esta renovación creó las condiciones para lo que sería la historia cuantitativa, cuyo criterio es escoger los elementos por su carácter recurrente, que permite compararlos en una secuencia cronológica.

A continuación el conferencista habló de ciertos problemas de la historia cuantitativa: primero, de los aspectos técnicos de la aplicación estadística a la información construida partiendo de las fuentes, o sea la cuestión del tratamiento de los datos históricos; segundo, el hecho de que el término "historia cuantitativa" también designa algo que podría denominarse, en el terreno de la historia económica, *econometría retrospectiva* y la necesidad de establecer (como Furet) la diferencia que existe entre historia cuantitativa e historia serial, siendo la segunda el soporte o materia prima de la primera. Y un



problema más: si bien la historia serial permite medir el cambio, no se comporta de igual manera con las mutaciones y esto produce dificultades para la periodización, que sería nuevamente remitida a la elección arbitraria del investigador.

Señaló a continuación que fue un artículo metodológico de dos historiadores norteamericanos, aparecido en 1957, el que dio nacimiento formal a la *New Economic History*, nueva corriente de historia cuantitativa. Ellos planteaban el uso de la teoría económica y la aplicación de la estadística y la teoría de probabilidades a la historia. Dicha corriente ha tenido gran influencia en Estados Unidos y en Latinoamérica.

Finalmente agregó que la historia cuantitativa en México ha obtenido buenos resultados a la vez que ha enfrentado serios problemas. "Hay en la historia cuantitativa mexicana una acumulación empírica, aunque dispersa", pero también "un considerable retraso en el planteamiento de preguntas" y "en el uso de instrumentos sofisticados y el aprovechamiento de las nuevas tecnologías".

Historia de las Mentalidades

El doctor Sergio Ortega Noriega expuso algunas ideas generales sobre "el enfoque propio de la forma de historiografía conocida con el nombre de *Historia de las Mentalidades* y algunos principios metodológicos" de la misma. Destacó que sus comentarios serían una especie de introducción o aproximación a esta manera de historiar.

El nombre de *Historia de las Mentalidades* ya designaba a una forma historiográfica conocida desde hacía cierto tiempo, pero a partir de 1960 se difundió entre algunos investigadores de la escuela de los *Annales*, con la intención de revitalizarla y sistematizarla. En aquel momento tuvo una buena acogida en otros países

como Inglaterra, Alemania, Italia, Estados Unidos y España. En fechas más recientes también ha logrado difusión en México.

A continuación, el doctor Ortega se refirió a una obra clásica de este género, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber, para señalar en forma práctica en ella los objetivos y metodología empleados. El historiador de las mentalidades analiza, más que los hechos en sí mismos, cómo los percibieron aquellos hombres que vivieron en esa época, de qué manera entendieron el mundo y la forma en que esa percepción influyó en sus actos. Resulta así que el objeto básico de estudio es un trinomio compuesto por una re-





presentación mental, un comportamiento a nivel social, y la relación que se da entre ambos.

El expositor hizo hincapié en que los historiadores de las mentalidades no utilizan el término "ideología" porque éste, en ciencias sociales, significa una representación mental conformada por ideas claras y con una estructura racional, mientras que el concepto de "representación mental" incluye pensamientos que no soportan un análisis lógico, como son las ideas religiosas.

Esta forma historiográfica investiga principalmente lo cotidiano, la vida corriente de los seres humanos del común; sus temas más frecuentes son el trabajo, la familia, las creencias, la enfermedad. Además de destacar la parte humana de los acontecimientos, permite hacer estudios de la cultura de los diferentes grupos.

Si bien —señaló— no hay una metodología establecida rigurosamente,

existen algunas recomendaciones, producto de la práctica, que es beneficioso tener en cuenta. Por ejemplo, que la historia de las mentalidades se ocupa de fenómenos de larga duración, lo cual implica, al planear una investigación, considerar un periodo extenso, que permita abarcar el inicio, la consolidación y finalmente la desaparición del fenómeno. Conviene también, al preparar un proyecto de este tipo, elegir antes que nada el comportamiento, definir el grupo social del que es propio y ubicarlo en su tiempo y espacio.

En historia de las mentalidades se hacen series (tanto de comportamientos como de los discursos que se hayan producido en torno de ellos). Esto permite observar el ritmo histórico, lo que a su vez informa sobre los grupos de individuos que así actuaban. Las series deben ser homogéneas, que contengan discursos comparables entre sí.

Al referirse a las limitaciones de índole práctica de esta metodología, señaló que requiere de mucho tiempo y esfuerzo pues hay que realizar un acucioso trabajo de consulta en archivos, para reunir bastantes documentos, y que dichos documentos cumplan con varios requisitos para ser agrupados coherentemente. Sin embargo, dijo también que este tipo de

dificultades puede ser superado mediante el trabajo en equipo e insistió en las ventajas que ofrece para estudiar fenómenos que subyacen en la historia, de los que todos reconocemos la existencia, pero que no han sido estudiados de manera directa. En el caso de México, por ejemplo, la dominación colonial.

Historia Económica

El doctor Carlos Marichal dictó una conferencia acerca de la *Historia Económica*, en la que se refirió, básicamente, a los obstáculos, logros y perspectivas de la misma durante la década de los ochenta.

Señaló que esta subdisciplina de la historia ha comenzado a adquirir mayor relevancia en los últimos diez o quince años, aunque aún no ha alcanzado la madurez. Sus logros son incipientes, a pesar de que ya hay bastantes investigadores que trabajan en esta disciplina, tanto en México como en el extranjero. A continuación se refirió a los obstáculos, por un lado, y a las ventajas, por el otro, que ofrece hacer historia económica, aunque requiera de una metodología especial, a veces difícil.

Entre los obstáculos destacó la crisis de los paradigmas teóricos que regían a la historia económica en la década de los sesenta a los setenta. Éstos eran, básicamente, los modelos marxistas y los de la teoría de la dependencia que tuvieron una gran influencia en las ciencias sociales en las universidades latinoamericanas.

De estos paradigmas surgieron discusiones fructíferas, por ejemplo, con respecto a los modos de producción, que permitieron visiones amplias y estudios comparativos. El uso de estos modelos dio pie además al intercambio con historiadores europeos, tanto del este como del oeste, y con algunos marxistas de Estados Unidos. Sin embargo entraron en crisis por la repetición de los esquemas y por la escasez de aportes teóricos a la historia latinoamericana por parte de los países socialistas, con excepción de la escuela polaca. Esta crisis también

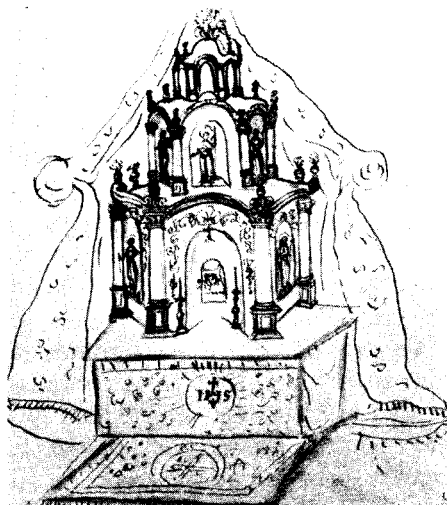


tuvo que ver con la seria derrota que sufrieron los movimientos de izquierda en América del Sur, por ejemplo, Chile en el 73, Uruguay en el 74-75, Argentina en el 76. La teoría de la dependencia, aunque con escaso apoyo teórico, surgió de una serie de influencias; quizás la más importante fue la teoría del desarrollo. Se planteó asimismo una amplia gama de problemas, de los cuales el principal fue el origen de la revolución industrial. Entró también en crisis porque no logró proporcionar enfoques más complejos, que tuvieran en cuenta los aspectos regionales. Muchos de sus trabajos resultaron esquemáticos, sin lograr ni la profundidad ni la flexibilidad suficientes al abordar los temas.

La crisis de los paradigmas teóricos provocó cierta confusión con respecto al enfoque metodológico que debe adoptarse.

Otro problema que señaló el conferencista es la falta de coordinación entre los investigadores que se dedican a la historia económica, quienes trabajan campos muy diversos: minería, banca, industria, comercio; que lo hacen en distintos lugares, en la capital, en provincia, en el extranjero; que no se conocen ni dialogan entre sí. A diferencia de lo que sucede en otros países, en México tampoco hay comunicación con los economistas, diálogo que sería muy útil. Un tercer obstáculo que enfrenta la historia económica es la escasez de recursos, pues los proyectos requieren de apoyo sustancial, tanto financiero como de personal.

Entre las ventajas mencionó que los nuevos métodos de análisis estadísti-



co y de cuantificación de datos con sistemas computarizados se adaptan muy bien y facilitan la labor de las investigaciones en esta área. Otro gran logro es la abundancia de fuentes descubiertas en épocas recientes, lo que ofrece muchas oportunidades para realizar estudios en el presente y en el futuro inmediato. También señaló la necesidad de establecer un diálogo entre historiadores y economistas, además de lo conveniente que sería que los historiadores se acercaran a los directivos de empresas, pues la iniciativa privada podría promover y financiar las investigaciones.

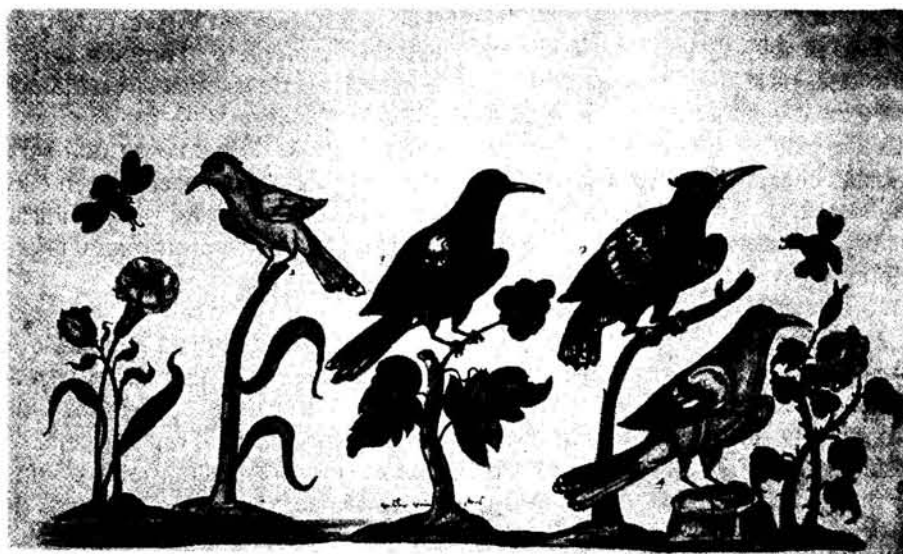
Finalmente dijo que la historia económica es una disciplina antigua, que ya tiene su propia historia en la mayor parte de Europa y Estados Unidos y está avanzando rápidamente en lugares donde antes no había podido desarrollarse, como son los casos de España y América Latina. En México hay un gran potencial, hay muchas posibilidades y fuentes. Es deseable que se coordine mejor este campo de estudio que aún no logra consolidarse.

Historia de la Mujer

La doctora Josefina Muriel dictó una conferencia sobre las mujeres en la historia de México. En la misma destacó y reseñó los estudios históricos que se han hecho sobre la mujer y que van conformando su historiografía en nuestro país.

La primera fue doña Marina, la gran señora indígena de la conquista, que brilló por sus cualidades: inteligencia, sagacidad, y por ser la primera evangelizadora luego de su conversión. El primer historiador de la mujer —de doña Marina— fue Bernal Díaz del Castillo. Después, la historia la exalta o la vilipendia, según como se la presente: elemento básico de la nacionalidad mestiza o traidora a su raza.

Ya en la época colonial, las mujeres sujeto de la historia son las que poseían el máximo valor reconocido en su tiempo: el religioso-moral, con todo lo que involucraba —virtudes practicadas en el mundo, ayuda social, fundaciones de colegios y conventos... Sólo se escriben las historias de mujeres que son ejemplos en su medio. De estas biografías, las narradas por hombres fueron publicadas, mientras las que escribieron las mujeres quedaron manuscritas. Carlos de Sigüenza y Góngora, en su *Paraíso Occidental*... narra la historia del Real Convento de Jesús María, la fundación del de Santa Teresa y las biografías de monjas que se distinguieron por sus virtudes. El historiador





Gómez de la Parra relata la historia del convento de San José de Carmelitas de Puebla así como la de un grupo de valientes mujeres que lograron sobrevivir a la manera "robinsonas" después de un naufragio. Francisco de Villarreal y Águila narra, en *Tebayda en Poblano* . . . , acerca de un grupo de mujeres españolas que, con gran religiosidad, valor y fuerza de carácter, se trasladaron a América para fundar instituciones.

La doctora Muriel continuó relatando que así como tenemos historias de mujeres destacadas, escritas por hombres, existen también las que las mujeres escribieron sobre ellas mismas: crónicas, biografías y autobiografías, estas últimas casi siempre místicas. Las escritas por hombres destacan también la obra de señoras prominentes por su

fortuna y posición que se dedicaban a la atención de pobres, enfermos y huérfanos, como doña Agustina Picazo de Hinojosa y doña Gertrudis de la Peña, así como la biografía de Josefa Antonia Gallegos, la "Abeja de Michoacán", fundadora de escuelas, conventos y hospitales. Mencionó también obras que informan sobre la vida de mujeres humildes, de su corrupción por la pobreza y de los medios que se buscaron para protegerlas: la biografía de Domingo Pérez de Borcia, fundador del recogimiento voluntario de mujeres titulado San Miguel de Belem de México, escrita por el padre Julián Gutiérrez y *Dechado de Príncipes Eclesiásticos*, que presenta el problema de las "mujeres perdidas en Puebla" y de las instituciones que se fundaron para resolverlo.

En el siglo XIX se despertó un nuevo interés: que las mujeres incrementaran su cultura. Esto ya venía preparándose desde el XVIII, con colegios para mujeres y escuelas públicas. En tiempos del virrey Revillagigedo. La doctora Muriel destacó que los postulados educativos cambiaron al no ser los mismos los intereses culturales. Aparecieron folletos, revistas y libros acerca de si la Ilustración convenía a las mujeres y se criticó la antigua educación femenina. Este gran cambio hizo aparecer obras que contienen consejos sobre este tema, todas las cuales son una fuente riquísima para hacer una historia de la mujer de este siglo.

Para conocer cómo entra la mujer

en la historia de la industrialización recomendó un panfleto de Esteban de Antuñano sobre las ventajas de dar ocupación a las mujeres en las fábricas. Finalmente, la conferencista comentó que en el siglo XX se trata de hacer una historia nacional que explique el esfuerzo de hombres y mujeres que unidos forjan la nacionalidad, lo que se observa en una serie de estudios que, sin manifestarse como "feminismo de lucha" resaltan la participación de las mujeres en la historia, sobre todo en lo que respecta a su papel educador dentro de la familia, a su actuar como divulgadoras de la cultura y transmisoras de los valores de su sociedad.

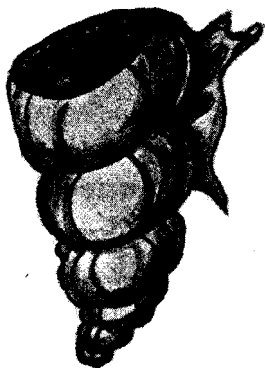
Historia Regional

El doctor Carlos Martínez Assad inició su exposición refiriéndose a la interpretación que Thomas Benjamin —en su obra de reciente aparición— dio al desayuno de los zapatistas en Sanborns en 1914: el aspecto regional de la Revolución Mexicana.

Señaló después que en 1968 González y González publicó *Pueblo en vi- lo . . .*; Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, y Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*. Aunque ya habían existido esfuerzos anteriores como los de Silva Herzog, Córdova, Tannenbaum y Dulles, quienes habían procurado rescatar desde una perspectiva crítica el sentido de nuestra historia, demostrando la importancia de los

procesos regionales, es a partir del sesenta y ocho que empiezan en firme las investigaciones con parámetros interpretativos más novedosos, a causa de la crisis de los paradigmas teóricos y por no ser ya sustentables las versiones de la historia "de bronce". Destacó que esos tres libros señalaban la importancia de las regiones, es decir, que otros espacios se convertían en referencias imprescindibles.

Los estudios de historia de la Revolución se nutrieron con las memorias de héroes locales y de otros, interesados en destacar la participación de su pueblo. Además, durante el régimen de Ruiz Cortines, se creó el Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, donde se



elaboraron numerosos textos que se han convertido en antecedente importante.

A pesar de que hace ya dos décadas de la aparición de estos trabajos es hasta ahora que alcanzan su punto más alto, lo que hace pensar que lo iniciado en 1968 fue una revisión de hipótesis sobre la historia contemporánea de México, abarcando campos más amplios (vida cotidiana, mentalidades, cultura popular), y que la historia regional propiamente dicha es de más reciente aparición. Un ejemplo de esto es que en una compilación que publicaron la UNAM y Nueva Imagen en 1979, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, no se encuentra ninguna alusión sistemática a los aspectos regionales de la Revolución, habiendo transcurrido ya diez años desde la aparición de las obras mencionadas. Se publican en 1979 también *El agrarismo radical en Veracruz*, de Romana Falcón y *El Laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*, del propio conferencista.

Los nuevos estudios regionales remiten también a la historia de los vencidos, aunque sean los perdedores desde la perspectiva de la historia oficial. Se aceptan nuevos planteamientos que han enriquecido la historia y ampliado el mapa nacional. Cada región tiene sus propios movimientos y personajes en los que encuentra su identidad; la historia contemporánea tiene dos lógicas —la nacional y la regional— que se complementan entre sí y el reto actual es unir ambas de manera original, ya sea mostrando un rebelde atípico o un proceso ignorado y evitando, por cierto, la fragmentación de los estudios.

Aunque existe una "arraigada tradición de política centralizada que determinó la forma de acceder a la enseñanza de la historia" ahora los trabajos de numerosos investigadores en todo el país permiten valorar un pasado olvidado o desconocido.

Para la historia regional han sido relevantes los esfuerzos de rescate de archivos y también el reconocimiento que tienen ya, dentro y fuera del país, la metodología y la concepción de los mismos. Según Eric van Young esta historia, además de explicar aspectos locales, facilita la comprensión de que existe una gran diversidad de fenómenos históricos, y distingue en el siglo XX tres tipos de estudios: los políticos sobre caudillos o movimientos, las grandes regionalizaciones económicas y los estudios de indicadores sociales. Thomas Benjamin considera que hay "muchos Méxicos" y acepta la importancia que ha adquirido la historiografía regional a partir de los años sesenta, y Romana Falcón estudia los

aportes de los estudios regionales al periodo revolucionario, buscando afinar métodos de investigación.

El conferencista concluyó que la historia regional ha llegado a su ma-

durez como especialidad, se produce con una calidad y en una cantidad grandes y resulta así una buena aportación a la "Historia, con mayúscula".

Tradición e innovación en la sociedad azteca y en los estudios aztecas

Este simposio fue patrocinado por el *Mesoamerican Archive and Research Project* de la Universidad de Colorado, Boulder. Su organizador fue David Carrasco y tuvo lugar en Boulder, Colorado, del 1 al 5 de Julio de 1991. Forma parte de una serie de reuniones de especialistas del México prehispánico, particularmente de la religión, sociedad y arte mexicas, que el doctor David Carrasco, como director del *Mesoamerican Archive* ha organizado a lo largo de los últimos años. La reunión anterior se desarrolló en México, D.F., en el Museo del Templo Mayor, y fue coorganizada por el doctor Eduardo Matos.

El simposio del verano del 91 se enfocó sobre temas de continuidad y cambio en tres áreas de la investigación reciente: 1. Patrones prehispánicos de la cultura y la religión manifiestos entre los mexica y sus antecesores. 2. La discusión generada a partir de dos publicaciones del *Mesoamerican Archive* que han salido en los últimos dos años, resultado de simposios anteriores, ambos editados por David Carrasco: *The Imagination of Matter: Religion and Ecology in Mesoamerican Traditions*, Bar International Series 515, Oxford, 1989 y *To Change Place: Aztec Ceremonial*

Landscapes, University Press of Colorado, Colorado, 1991, y 3. Colonialismo y enfoques coloniales en el estudio del México indígena.

Durante el simposio de julio de 1991 también se organizó un homenaje al destacado investigador Henry B. Nicholson y a su obra. Del lado de los historiadores norteamericanos participaron en la reunión D. Carrasco, H. B. Nicholson, A. Aveni, E. Boone, E. Calnek, P. Arnold, B. Ortiz de Montellano, L. Jones, C. Klein, P. Anawalt, C. Long, J. Cuellar, J. Klor de Alva, P. Van der Loo, J. Day, L. Desmond y J. Hoag; y los participantes mexicanos fueron: E. Matos, F. Solís, S. Guillén, D. Heyden, A. López Austin, R. Bye y J. Broda.

Johanna Broda*

Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

*Johanna Broda, investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas, ha sido miembro fundador del *Mesoamerican Archive*, ha participado en sus reuniones desde 1979 y es coautora en las dos últimas publicaciones del Archivo. En la reunión de este verano presentó una ponencia sobre "Tradición y continuidad cultural en el Valle de México, época mexica", en una sesión conjunta con Anthony F. Aveni.

Homenaje a Lorenzo Luna

Entre el 17 y el 19 de junio el Centro de Estudios sobre la Universidad realizó el Tercer Encuentro sobre Historia de la Universidad, en el que participaron especialistas adscritos a diferentes centros tanto de la propia Universidad Nacional como de otras instituciones de investigación y enseñanza superior. El Encuentro fue un homenaje a Lorenzo Mario Luna Díaz, investigador del CESU y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, recientemente fallecido. Por ello, el acto inaugural se dedicó particularmente a honrar la memoria de nuestro colega desaparecido.

Habiendo sido la voluntad expresa de Lorenzo Luna que su biblioteca constituyera un fondo en los acervos bibliográficos del Centro de Estudios sobre la Universidad, se procedió en primer lugar a la lectura del protocolo por el cual se formalizó dicha donación. El coordinador de Humanida-

des, doctor Julio Labastida, agradeció en nombre de la Universidad, a la madre de nuestro colega, el gesto hacia nuestra Casa que Lorenzo Luna tuvo al legar su biblioteca, rica en materiales referentes a la historia antigua y medieval, al Centro donde se desempeñó como investigador.

La semblanza personal y académica de Lorenzo Luna estuvo a cargo de la directora del Centro, doctora Refugio González, y de los profesores Josefina Mac Gregor, Alfredo López Austin y Clara Ramírez. Todos ellos se refirieron a Lorenzo Luna haciendo resaltar diferentes aspectos de su personalidad. Destacaron su entrega a la Universidad y su justa causa, su labor como investigador y maestro y sus calidades de amigo solidario.

José Rubén Romero G.
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM.

España y Nueva España: la vida cotidiana

Este I Simposio se llevará a cabo los días 27 al 30 de enero de 1992 en el Centro de Estudios de Historia de México, ConduMex. La reunión tiene como objetivo la presentación de proyectos, avances y conclusiones de estudios encaminados a dilucidar la cotidianidad en España y Nueva España durante la época virreinal. A este evento convocan el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Embajada de España en México, la Pinacoteca Virreinal del Instituto Nacional de Bellas Artes, el Centro de Estudios de Historia de México, ConduMex, y la Comisión Puebla para el V Centenario. Informes e inscripciones con Shulamit Goldsmith Brindis o Rubén Lozano Herrera, Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana.

El espionaje en la historia de México

Entre el 29 de mayo y el 1 de junio se llevó a cabo el coloquio "El espionaje en la historia de México, siglos XIX y XX" (homenaje a Friedrich Katz), en la ciudad de Colima. El evento fue patrocinado y organizado por la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A.C. y la Universidad de Colima, y asistieron 33 investigadores que abordaron la problemática del espionaje, desde el punto de vista internacional en torno a los procesos mexicanos, y desde la perspectiva de la dinámica que adquirió en el nivel interno en movimientos sociales y políticos, a través de la vigilancia y las redes de información gubernamentales o informales.

El coloquio fue presidido por el homenajado, doctor Friedrich Katz, que recibió un reconocimiento de las instituciones convocantes y el respeto y admiración de los participantes. El doctor Katz destacó, en su conferencia magistral, la importancia del espionaje en tanto objeto de estudio, así como el papel determinante que ha tenido en la historia de México. Al mismo tiempo, destacó los problemas a los que se enfrentan los historiadores para interpretar y analizar, en su justa dimensión, el fenómeno del espionaje sobre todo por las características y dificultades de consulta y análisis de las fuentes primarias, lo que, sin duda, los enfrenta a un reto analítico y de pesquisa. El impulso de los estudios del espionaje, según Katz, debe apoyarse, pues "es un asunto serio que no debe dejarse a los espías".

En su gran mayoría, las ponencias

presentadas se abocaron al análisis del espionaje externo, en torno a diversos procesos históricos mexicanos, durante el siglo XIX y, sobre todo, durante la revolución y posrevolución. Inglaterra, Estados Unidos, Japón, Argentina, Belice, Unión Soviética, España y Alemania fueron los países que, de una u otra manera, destacaron más como impulsores del espionaje en México, por los intereses que sus gobiernos o tendencias y grupos tuvieron en el desarrollo económico, político, social o cultural del país. Los ponentes de esta problemática analizaron el tipo de espionaje ejercido por aquellos países, pero también evaluaron los significados, intereses y versiones basados en las fuentes diplomáticas y personajes inmiscuidos, buscando también las perspectivas de análisis y estudio.

Otras ponencias analizaron el espionaje desde la perspectiva nacional, sobre todo el ejercido por la Iglesia, el Gobierno y los informantes internos. Se analizó la censura de la Iglesia en el siglo XIX, basada en una intensa labor de vigilancia de la moral pública; la forma en que el aparato de control político porfiriano se ejerció en la frontera mexicano-estadounidense; la inteligencia militar en los años decisivos de las rebeliones de Agua Prieta en 1919 y la delahuertista en 1923; el proceso en el que esta última rebelión se manifestó como un "secreto a voces", enmarcado en el contexto de la sucesión presidencial entre Obregón y Calles; el caso del sinarquismo como el primer movimiento controlado



y observado de cerca por la Secretaría de Gobernación, ya en los años cuarenta, y el papel ejercido por agentes de Gobernación, llamados "madrinas", en ciertos movimientos populares regionales en distintas épocas. Se mostraron los casos de Yucatán, Quintana Roo y la frontera norte de México en el siglo XIX y el porfiriato; se ahondó en la revolución y posrevolución en los casos de Oaxaca en el carrancismo, la frontera norte en la etapa maderista, Sonora y los intereses nacionales y estadounidenses, Querétaro y las múltiples redes de información durante todo el proceso revolucionario, Veracruz y la inteligencia tejedista, Jalisco y el espionaje político de Zuno, Colima y las redes de vigilancia interna del movimiento de estibadores del puerto de Manzanillo, y, de nuevo, Oaxaca y la vigilancia del Gobierno en torno al movimiento magisterial en la década de los ochenta.

Las ponencias presentadas demostraron que el espionaje es un fenómeno importante en la dinámica histórica mexicana, tanto en el nivel externo como interno, y que su estudio debe impulsarse para romper con aquella visión mítica y de ficción que siempre lo ha rodeado en la historiografía. De hecho, los tipos de espionaje han surgido mezclados en otros objetos de estudio, y no como un problema específico de investigación. En este sentido, se dijo que la imaginación ficticia debe romperse para poder entender el papel concreto que ha tenido el espionaje en los procesos económicos, políticos, sociales y culturales de la historia de México. Alguien que ha logrado esto en sus estudios ha sido el doctor Katz, de ahí el reconocimiento que los ponentes le manifestaron.

Pablo Serrano Álvarez
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Becarios del IHH

Año con año el Instituto de Investigaciones Históricas atiende a estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado en historia, quienes han sido becados por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico para la realización de sus tesis. Los becarios tienen acceso a los materiales de la Biblioteca del propio Instituto y pueden utilizar sus herramientas, como las computadoras; cuentan, además, con un lugar de trabajo en el mismo edificio. Esto les ofrece la ventaja de poder estar en contacto permanente con sus asesores y consultar con otros investigadores del área.

Entre sus obligaciones está hacer reportes anuales sobre los avances de sus proyectos, con el fin de que los mismos sean discutidos dentro de la comunidad académica en su totalidad. Una de estas reuniones se realizó en fechas recientes en la Sala de Juntas del Instituto.

En la actualidad el doctor Álvaro Matute es el asesor de Monique Antoinette Autrique Escobar, cuyo tema de trabajo trata de "La rebelión cristera y la intervención del embajador norteamericano Dwigth Whitney Morrow (1926-1929)"; de Cristina Iliana Begne Guerra, con respecto a "La gestión diplomática de Dwigth Whitney Morrow en México, 1927-1930" y de Enrique Plascencia de la Parra, quien trabaja "La rebelión delahuertista (1923-1924)". A cargo de la doctora Gisela von Wobeser está el becario Tomás Jalpa Flores cuyo tra-

bajo se titula "La tenencia de la tierra en la provincia de Chalco, siglos XVI y XVII". El doctor Carlos Bosch asesora a Nerva Carlota Fernández Apago acerca de "La cuestión de límites entre México y Guatemala durante el siglo XIX". Alicia Mayer está dedicada a "El descubrimiento de América en la historiografía angloamericana" y trabaja con el doctor Juan A. Ortega y Medina, mientras el doctor José Rubén Romero Galván asesora a Gabriel Miguel Pastrana Flores, cuyo trabajo se titula "Entre los hombres y los dioses. El sacerdocio prehispánico en el Altiplano Central Posclásico". Finalmente, a través de la Dirección de Intercambio Académico, está adscrita al Instituto Vincenza Lillo, de nacionalidad italiana y licenciada en lenguas y literatura, quien es asesorada por el maestro Carlos Martínez Marín en el trabajo denominado "Aculturación en los aspectos religiosos prehispánicos por la conquista española. El temazcal, aspectos lingüísticos y concepto del baño ritual".

En el mes de noviembre próximo ingresarán al Instituto los nuevos becarios, quienes han sido propuestos y han realizado los trámites de admisión correspondientes durante los meses de mayo y junio.

El Subcomité de Becas del Instituto está integrado a la fecha por los doctores Álvaro Matute y José Luis Mirafuentes Galván y el maestro Carlos Martínez Marín.

Trabajos en curso

Revolución y posrevolución en Colima, 1910-1955

La historia regional de la revolución y posrevolución aún brinda amplias vetas de investigación, estudio y análisis. Ambos procesos, concatenados entre sí, se manifestaron heterogéneamente en la nación mexicana, ya sea a través de los actores que les imprimieron su curso o evolución, el conflicto social o político que moduló los regionalismos e identidades, los sistemas económicos que influyeron en las conformaciones sociales regionales, o la influencia indiscutible de la expresión sociocultural que tuvo incidencia en la dinámica de los hechos y procesos. En cada región del país, tanto la revolución como la posrevolución, se expresaron de distinta manera, adquiriendo matices y evoluciones aún no investigados en una justa y específica dimensión. Es aquí donde la veta investigativa adquiere una gran importancia, para seguir analizando —o aún replanteando— el significado y alcance (sociales, políticos, económicos, culturales) de dichos procesos históricos.

Colima y su región fueron un caso excepcional en el nivel nacional y macrorregional (occidente de México), pues por las características e identidad de sus actores, por los con-

flictos sociopolíticos, los sistemas económicos y la expresión sociocultural, tuvo una inserción distinta y multivariada en los procesos revolucionarios y posrevolucionarios que se experimentaban en la nación. En mucho se debió esa excepcionalidad al peso de la tradición y la evolución históricas que Colima tuvo desde el periodo colonial, el siglo XIX y el porfiriato, donde la sociedad fue adquiriendo una identidad característica (distinta a la de otros terrenos del occidente), que influyó en la manera en que actuó o asimiló ambos procesos nacionales. De hecho, la revolución y posrevolución tuvieron su propia dinámica regional de expresión, tanto en la forma en que actuó la sociedad colimense, como en la periodización que ésta impuso a los acontecimientos. La revolución, por ejemplo, entró muy tarde en Colima, gracias a la actuación reformista que tuvo Juan José Ríos —gobernador constitucionalista que llegó a la región con Álvaro Obregón en 1914. El sistema oligárquico porfiriano no empezó a resquebrajarse sino hasta el momento en que, por las reformas de Ríos, la sociedad colimense comenzó a movilizarse y a expresar sus conflictos reprimidos. Igual acon-

II Simposio Internacional

España y Nueva España: sus acciones transmarítimas

El Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, la Embajada de España en México, la Pinacoteca Virreinal del Instituto Nacional de Bellas Artes, el Centro de Estudios de Historia de México Consumex y Transportación Marítima Mexicana son las instituciones que convocan al II Simposio Internacional denominado "España y Nueva España: sus acciones transmarítimas". Esta reunión se efectuará los días 17 a 20 de marzo de 1992 en la ciudad de Tampico, Tamps. A la misma está convocada la comunidad académica nacional e internacional y con ella se pretende proseguir la discusión y comunicación que se iniciaron en el I Simposio, celebrado en 1990, para poner de relieve o ahondar en la importancia del mar y todo lo que se produjo a través de, o en relación con él, entre España y Nueva España. Los interesados pueden recibir mayor información con Shulamit Goldsmith y Alfonso Mendiola en el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, Prol. Paseo de la Reforma 880, Col. Lomas de Santa Fe, 01210, Álvaro Obregón, D.F. teléfonos: 570-78-87, 570-70-70 y 570-76-22, extensiones: 1232 a 1235.

teció con la posrevolución, cuyas modalidades regionales se dieron hasta la década de los cincuenta, cuando ya la nación vivía un periodo de modernización y estabilidad sociopolíticas. Todo esto refleja que ambos procesos tuvieron sus propios tiempos y características regionales, debiéndose en mucho a los rasgos que la sociedad colimense poseía desde épocas atrás.

El proyecto de investigación pretende ser una síntesis histórica, cuyo eje problemático (de acuerdo con la especificidad regional) gira en torno de la estabilidad política y el conflicto social. Actores, movimientos, con-

flictos, sistemas económicos, identidad y expresión sociocultural, relaciones con el centro nacional y macrorregional, etcétera, son un eje analítico que permitirá el conocimiento y explicación de la especificidad que tuvieron aquellos procesos históricos en la región. Esto favorecerá, al mismo tiempo, encontrar y entender los rasgos definitorios y excepcionales que Colima tuvo en la primera mitad del siglo actual, y que determinaron su dinámica histórica contemporánea, muy distinta a la nacional y occidental.

El proyecto enunciado ha tenido arranque y está programado para ter-

minarse a fines de 1992, gracias al apoyo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Colima. La realización de la síntesis implica una labor titánica de búsqueda y sistematización de la información primaria en infinidad de archivos (tanto estatales y locales como nacionales y extranjeros), pues por desgracia la historiografía sobre Colima, y que abarque ambos procesos, es muy poca, escasa, y presenta lagunas que impiden tener un punto de partida, o una guía, para la investigación y el análisis que se pretende. La labor documental será la base de la interpretación de la historia regional colimense en el periodo 1910-1955, y para ello se consultarán exhaustivamente archivos como los siguientes: General del Gobierno

del Estado de Colima, municipales de Colima y Manzanillo, legislativo de Colima, microfilmados de la Universidad de Colima, particulares, General de la Nación, históricos de la UNAM.

Con el estudio que se pretende se verá fortalecida la historiografía colimense, así como el conocimiento de la excepcionalidad regional que Colima alcanzó durante los procesos históricos mencionados. Al mismo tiempo, muchos fenómenos históricos serán rescatados del olvido, creándose un amplio espectro de futuras investigaciones sobre la realidad colimense contemporánea.

Pablo Serrano Álvarez
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



Publicaciones

Publicaciones del IIH

Títulos recientes

Roberto Moreno, *Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual, 1788-1798*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, xiv-282 p. (Serie: Historia de la Ciencia y la Tecnología/3).

El siglo XVIII se caracterizó por el esfuerzo realizado por la Ilustración para proponer un solo y nuevo lenguaje de los conocimientos científicos, evidentemente necesario, pues la herencia filológica de la antigüedad era ya una Torre de Babel. A la ciencia europea se sumaron, a partir de 1492, los conocimientos de los indígenas americanos, contribuyendo así al proceso de renovación por el que pasaba la ciencia occidental. En las disciplinas conocidas actualmente como botánica, zoología, mineralogía, las propuestas tuvieron que ver, expresamente, con la fijación de una nomenclatura uniforme, para la cual se recuperó el latín o el griego.

En la Nueva España, a causa del incipiente nacionalismo y porque se

percibía la introducción de estos aspectos de la ciencia moderna como imposición de la corona se produjeron reacciones en contra de tales novedades.

El autor, en síntesis, presenta en este libro un combate entre el latín y el náhuatl. "Es ésta —en sus palabras— la primera recopilación completa de dos controversias dadas en una circunstancia colonial en que, como de costumbre, perdieron los colonizados, pero que refleja de alguna forma la universalización de una lengua (obviamente científica) que es la que nos permitió entendernos entre todos."

Las controversias presentadas en este libro son las dos más importantes: una, sobre el sistema binario sexual propuesto por el destacado naturalista Linneo y la otra, producida entre dos linneanos relevantes, acerca de la adecuada aplicación del sistema.

Resulta además interesante observar en este libro las formas polémicas del siglo XVIII.

Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España, I. Fundaciones del siglo XVI*, 2 v., 2da. edición, México, Ins-

tituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México/Cruz Roja Mexicana, 1990, v. I, 360 p., ils. (Serie Historia Novohispana/12).

Ha sido editada por segunda vez, enriquecida con fotografías y documentos, esta obra que consta de una introducción y 27 capítulos, además de bibliografía, siglas, índice onomástico e ilustraciones.

La autora, doctora Josefina Muriel, cuya trayectoria es bien conocida, realiza en este libro un análisis exhaustivo de las instituciones hospitalarias de la Nueva España en el siglo XVI, basado en información obtenida de documentos del Archivo General de Indias y del Archivo General de la Nación, entre otras fuentes.

En su introducción señala que para conocer estas instituciones, así como otras obras de beneficencia, es necesario "penetrar en el espíritu que fue capaz de levantarlas": el concepto de caridad, tal como se entendía y vivía en esa época. Analiza este concepto desde el punto de vista del cristianismo que considera la creación y sostenimiento de organismos de beneficencia como una obligación moral que no puede ser concebida "con el sentido de negocio". Hace después un recorrido general (aunque sucinto, pues no es el tema del trabajo) de la obra hospitalaria de varios países de la cristiandad —Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Italia, España— durante el medievo, señalando al siglo XV como el "siglo de los hospitales". Se refiere posteriormente a la



evolución del pensamiento al pasar del mundo medieval al moderno, devenir que agrega a la mística tradicional, la nueva concepción, surgida del pensamiento racionalista, que supone a la obra hospitalaria no como acto de caridad ni de altruismo, sino como una obligación de la sociedad, en cualquier nación que se precie de bien organizada y justa. Concluye su introducción señalando que ambas ideas se trasladaron al Nuevo Mundo, donde estas instituciones van a surgir con características propias.

En el libro, Josefina Muriel abarca desde los primeros hospitales que se fundaron en las Antillas y la Nueva España, el Hospital de la Concepción de Nuestra Señora (Hospital de Jesús), Hospital de San Lázaro, Hospital de Santa Fe de México y muchos otros, en distintos lugares de la Nueva España: Veracruz, Michoacán, Jalisco, Guerrero, Querétaro, Colima, hasta la obra hospitalaria realizada por diversas órdenes religiosas, como la que hicieron los franciscanos y los agustinos, así como la organización de estas instituciones y los servicios médicos que prestaban. Además de referirse a la obra de personajes de la talla de don Vasco de Quiroga, y a los hospitales de indios, que se extendieron por todo el virreinato, incluye también el tema de las cofradías y los aspectos económicos. En fin, una amplísima información que cubre, en el ámbito espacial, toda la Nueva España, y en el temporal, el primer siglo de la conquista y colonización. Concluye este primer volumen con unas consideraciones generales sobre la importancia gran-

de que tuvo esta obra, que se desarrolló en los albores de la "patria mestiza", para defender "la mayor riqueza nacional, que es la vida humana".

Clementina Díaz y de Ovando, *Odontología y publicidad en la prensa mexicana del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, 386 p., ils. (Serie de Historia de la Ciencia y la Tecnología/5).

"En los anuncios y avisos —muchas veces ilustrados— que los dentistas publicaron en los periódicos es dable enterarse de muchos pormenores de la profesión dental: novedades y adelantos en las técnicas, en los instrumentos y materiales, anestésicos, invenciones. También quedan asentados el registro de los dentistas que en el siglo XIX ejercían, así como las publicaciones y asociaciones, las sociedades y los congresos."

"En estos anuncios puede constatare el interés de los odontólogos por educar al público, por lograr que se comprendiera la importancia de la visita al dentista, la necesidad de tener una boca sana."

"Los anuncios asimismo ponen de manifiesto la constante lucha en pro de la prevención de enfermedades, de la higiene bucal y de la dignificación de la ciencia odontológica amenazada por el charlatanismo."

"Este repertorio de anuncios, recomendaciones, encargos, artículos, etcétera, todo relacionado con el arte

(sigue en la p. 39)

Artículos

Aculturación y resistencia étnica en Baja California: La rebelión indígena de 1734*

Ignacio del Río**

El padre Lorenzo Carranco, ministro de la misión de Santiago, fue muerto en la mañana del primer día del mes de octubre, aquel año de 1734. Los primeros flechazos los recibió, al parecer, cuando, con un Santo Cristo entre sus manos, se disponía a refugiarse en la cabaña que servía de iglesia misional. Herido de esa manera, el religioso no cayó al suelo sino hasta que el indio Mateo se le echó encima, lo abrazó enérgicamente y lo derribó. Con flechas y piedras, la turba de neófitos terminó entonces de quitarle la vida.¹

Ello, sin embargo, no bastó evidentemente para disipar el encono. El cadáver del sacerdote fue desnudado y en él siguieron los indios descargando su cólera. Cristóbal Abué, que sería luego identificado como "el principal motor del alzamiento",² fue el primero en azotar el cuerpo ya exánime del padre Lorenzo; pero de muchos, hombres y mujeres, fueron los demás golpes y vejámenes. La cabeza fue desprendida del tronco y es posible que se hayan llevado a efecto otras mutilaciones antes de que los restos mortales de aquel hombre fueran arrastrados "como dos tiros de escopeta" y arrojados a una hoguera en la que también habrían de consumirse imágenes y ornamentos sagrados.³

Otras tres víctimas hubo ese día en la misión de Santiago, todas ellas personas que habían estado estrechamente ligadas con el misionero. Una

* Este trabajo fue leído en la ceremonia inaugural del I Simposio de Historia Sudcaliforniana, celebrado en la ciudad de La Paz, B.C.S., en el mes de noviembre de 1989.

** Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

¹ Datos puntuales sobre estos hechos se contienen en: *Auto de remisión de indios presos formado por Manuel Bernal de Huidobro*: Misión de Santiago, 1 mayo 1737, Archivo General de Indias, Guadalajara 135, f. 301 v.-304 v.

² *Ibid.*, f. 302.

³ Sigismundo Taraval, *Historia de las misiones jesuitas de la California Baja desde su establecimiento hasta 1737*, Biblioteca Newberry (Chicago), Colección Ayer, Ms. 29 873, párrafos 251 y 278.

fue un indio lugareño que ayudaba al padre Carranco en los quehaceres domésticos y las otras fueron dos mestizos que constituían la escolta militar y, al mismo tiempo, servían de vaqueros en la misión. Los cadáveres de estas personas fueron asimismo cremados, pero parece que no se les destrozó, como se hizo con el cuerpo del jesuita.

Tan sólo dos días más tarde, el 3 de octubre, hechos similares a los que acabo de describir ocurrieron a unos cincuenta kilómetros de Santiago, en la misión de San José del Cabo, cuyo ministro, el padre Nicolás Tamaral, corrió con la misma fatal suerte que el padre Carranco. También a Tamaral lo atacaron sus neófitos, uno de los cuales, Felipe Caichané, le puso encima las manos y lo hizo caer por tierra, donde los demás agresores prosiguieron el ataque. A un isleño de Cerralvo, Joaquín Cunuam, se le atribuyó después haber dado el golpe que acabó con la vida del misionero; pero en aquel caso, como en el de Carranco, fueron en realidad muchos los que golpearon antes y después de que expirara la víctima. El cadáver de Tamaral también fue finalmente echado al fuego junto con buena parte de los objetos de uso litúrgico que había en la misión.⁴ Allí en San José, los otros sacrificados fueron los indios Gerónimo, Juan Andrés y Pedro, que habían sido sirvientes de Tamaral, y la mujer y los hijos de un soldado llamado Felipe de Villalobos, quien en ese entonces se hallaba cumpliendo una comisión fuera de la península.⁵

Resulta claro que el propósito de los indios de Santiago y San José no era tan sólo el de acabar con las personas de los padres misioneros y sus allegados. La violencia que entonces se desató cobró desde luego tales víctimas humanas; pero fue así que el furor de los sublevados se manifestó también, significativamente, en contra de los elementos materiales de las misiones. Como para que no subsistiera nada de lo que habían sido aquellos establecimientos, los indios prendieron fuego a las capillas y demás construcciones de ambos pueblos, destruyeron cruces, campanas, muebles, utensilios de uso religioso y doméstico y, en suma, cuanto había sido propio de las misiones y pudo ser destruido. No escapó de tal furia aniquilante el ganado mayor y menor, del que los indios no dejaron un solo animal vivo.⁶

La rebelión indígena de 1734 fue un movimiento súbito y de efectos fulminantes. Diríamos que duró menos de un día en cada localidad, pues tanto en Santiago como en San José del Cabo sólo les llevó unas horas a los rebeldes alcanzar los que parecen haber sido sus objetivos más generales, a saber: eliminar a la población forastera, destruir las instalaciones misionales y restablecer el sistema tradicional de autoridad de las rancherías indígenas. No sé si pudiera decirse que el movimiento se extendió hasta las otras

⁴ *Ibid.*, parágrafo 256.

⁵ *Auto de remisión de indios presos*... (arriba citado), f. 302 v.-303.

⁶ Taraval, *op. cit.*, parágrafo 279.

misiones fundadas en la parte sur de la península. La de Nuestra Señora del Pilar de la Paz se encontraba desde hacía algún tiempo sin misionero de planta y, por consiguiente, sin una asidua clientela de catecúmenos. Había permanecido allí un soldado de guardia, el que a fines de agosto o principios de septiembre de ese año de la rebelión desapareció, sin que se llegara a saber bien qué fue lo que pasó con él. Se sospechó, desde luego, que los indios lo habían matado, aunque no se llegó a encontrar su cuerpo.⁷ Abandonada quedó asimismo la misión de Santa Rosa de Todos Santos cuando su ministro, el padre Sigismundo Taraval, los tres soldados que le servían de escolta y los dos sirvientes de la misión, enterados de lo que había pasado en Santiago y San José, huyeron hacia La Paz. En una pequeña lancha, esas seis personas se embarcaron luego hacia la isla de Espíritu Santo y de allí pasaron a la contracosta para ir a refugiarse a la misión de Los Dolores.⁸ Por lo que digo que no sé si deba hablarse de rebelión en los casos de las misiones del Pilar de la Paz y de Santa Rosa de Todos Santos es porque allí los indios no tuvieron que llevar a efecto acciones ofensivas para hacerse dueños de la situación. Lo que no dejaron de hacer los grupos lugareños fue destruir ambos establecimientos misionales y lo que en ellos había.

Aunque las acciones que he venido describiendo se produjeron más bien de un modo espontáneo, el movimiento no careció en sus inicios de un cierto liderazgo que se personalizó en los jefezuelos de las rancherías sublevadas. En Santiago, los principales instigadores del movimiento parecen haber sido Cristóbal Abué, de la ranchería Uñó; Domingo Salvador Cunuam, alias Botón, de la ranchería Cuniní, e Ignacio Metee, alias Cacananagera o Quicananagera,⁹ de la ranchería Yenekamí. En San José hizo cabeza del movimiento un Chicori o quizá más bien Quichorí.¹⁰ Jefes con un poder puramente local, éstos no pudieron en modo alguno seguir influyendo decisivamente en el curso ulterior de los acontecimientos. Desaparecidos los centros misionales, las rancherías que habían estado vinculadas a ellos tendieron a actuar cada una por su cuenta y a restablecer su funcionamiento

⁷ *Ibid.*, parágrafo 32.

⁸ *Ibid.*, párrafos 50 y 58.

⁹ En el *Auto de remisión de indios presos* . . . , que ya he citado y que ha sido uno de los documentos básicos para la elaboración de esta ponencia, tal nombre se registra como Quicananagera. En Taraval, *op. cit.*, parágrafo 277, el nombre aparece como Cacananagera. Cabe, pues, hacer la prevención general de que los nombres indígenas no siempre han quedado registrados de una manera correcta.

¹⁰ Este es otro caso de diversidad en el registro de un nombre indígena. En el *Auto de remisión de indios presos* . . . , que vengo utilizando, el nombre de este indio y de otros dos más se registra como Quichorí y no como Chicori, según aparece en otras obras. *Vid.*, por ejemplo, Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California, México*, Editorial Baja California, 1956, p. 214.

autónomo. Ningún concierto pudo haber ya en las acciones de los grupos indígenas de cada localidad, entre los que, por otra parte, volvieron a cobrar fuerza las antiguas rivalidades que habían sido atenuadas por el influente arbitraje de los misioneros.

Voy a insistir en algo que dije hace unos momentos: la rebelión indígena de 1734 fue un movimiento de muy corta duración. Dejó de ser un movimiento de rebelión en cuanto alcanzó sus objetivos y, como hemos visto, los fue alcanzando en cada localidad de un modo casi inmediato. Lo que siguió después puede ser caracterizado como proceso de restauración, de reorganización, de resistencia inclusive; pero no como rebelión. En buena lógica no puede hablarse de una rebelión en acto cuando ya los presuntos actores no tienen contra qué estar rebelados. Ciertos hechos de sangre que hubo luego en Todos Santos, donde fueron muertos veintisiete indios catecúmenos,¹¹ y en Cabo San Lucas, donde los nativos atacaron a unos marineros que venían en el galeón de Manila,¹² quizá hayan tenido el sentido de actos de castigo o depuración, en el primer caso, y de oposición a la presencia forastera en el segundo, pero ya no se trató de actos de rebeldía frente a un orden establecido.

Con lo que llevamos dicho hemos podido acortar, en cuanto a espacio y tiempo, el fenómeno histórico que declaramos de nuestro interés: la rebelión de 1734. Para proveer una posible explicación respecto de lo que entonces aconteció en las misiones meridionales será necesario que ahora pasemos a referir algunos antecedentes de la situación que hizo crisis ese año de 1734.

Pese a que los indios del sur de la península —guaycuras y pericúes— llegaron a tener experiencias de enfrentamientos violentos con grupos forasteros, la reacción de esos indios ante los padres fundadores de las misiones fue en general favorable al contacto pacífico y, por tanto, muy alentadora para los religiosos. Se advirtió claramente esto desde que, en 1720, se fundó la misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz. Hubo allí cierta reticencia inicial de los nativos, pero a los pocos días ya éstos departían amigablemente con los misioneros —Bravo, Ugarte y Guillén— y hasta con los soldados.¹³ Las experiencias de este tipo se repitieron luego en la medida en que los padres jesuitas empezaron a recorrer los territorios del sur y a tener nuevos contactos con los grupos nativos. Un texto que ilustra lo que fueron algunos de esos primeros encuentros es el siguiente, que tomo

¹¹ Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, Layac, 1944, II-297.

¹² *Auto de remisión de indios presos*. . . , f. 302 v.-303.

¹³ *Vid.*, Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 97.

de la relación del padre Ignacio María Nápoli, fundador de la misión de Santiago:

Me regalaron varios cueros de venados, que son grandes —dice, refiriéndose a un grupo de pericúes—; me pusieron varios plumajes en la cabeza, con cordelines bien tejidos y labrados, de varios colores; me dieron varias bateas hechas de palmas bien labradas. . . y muchísimos mazos de cuentas de palma, a modo de rosarios bien delgados y lustro[so]s, poniéndomelos al cuello, que es la mayor gala que ellos se suelen poner en sus fiestas. . .¹⁴

Los indios daban muestras de sentir respecto de los religiosos una mezcla de admiración y temor. Seguramente advertían que los padres obraban como jefes de los forasteros, incluidos los soldados. No poco habrá conmovido a los indios de la parte sur de la península el observar la seguridad con que los padres pasaban de un territorio a otro, lo que ellos, los nativos, no estaban en posibilidad de hacer debido a las enemistades intergrupales. Aseguraba el padre Bravo que los guaycuras se admiraban de verlo recorrer todas aquellas tierras con sólo “un par de muchachos” por compañía y “tan sin recelo”.¹⁵ El mismo Bravo cuenta que una vez que tuvo un encuentro con indios pericúes le fue forzoso ir abrazando a todos los nativos, pues era la única forma de quitarles el miedo; dice el religioso que esa vez tuvo que abrazar hasta a los niños de pecho.¹⁶

La consideración que los indios hicieron de los padres, como hombres dotados de singulares poderes pero al mismo tiempo capaces de dispensar favores y protección, impulsó a los nativos a buscar un acercamiento más estrecho y permanente con los misioneros, los que, por su parte, fueron con ello accediendo a una posición de dominio en el seno mismo de las comunidades indígenas. Según testimonio del padre Nicolás Tamaral, al hacer él sus recorridos por la zona pericú los indios lo recibían “con alegría” y “casi con molesto agasajo”.¹⁷ Otro misionero que trabajó entre pericúes, el padre Nápoli, dice haberse enternecido hasta “mandar fuera las lágrimas” al ver que, indios que en un principio se le acercaban espantados y llorando, después que empezaron a tratarlo “se mudaron en mansos corderos” y una vez acudieron a él “juntos como en procesión” y todos “con una graciosa sonrisa y un semblante de paraíso”.¹⁸

Para los religiosos, el contacto con los indios no era un objetivo final sino una condición necesaria para poder llevar adelante el programa misio-

¹⁴ Citado en *ibid.*, p. 87.

¹⁵ *Ibid.*, p. 99.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 100.

¹⁸ *Ibid.*

nero. Exigía éste la realización de una serie de acciones encaminadas a transformar la mentalidad y el modo de vida de la población aborigen, siempre en el propósito de hacer de cada indio un disciplinado cristiano. En el empeño de cumplir con esas tareas de transformación cultural que tenían por suyas utilizaban los misioneros recursos como el ejemplo, el estímulo, la inducción, pero también otros de carácter coactivo, pues bien sabían que lo que no se conseguía por la persuasión podía lograrse por medio de la fuerza. En la ocasión de los primeros contactos prescindían a veces de la presencia inmediata del soldado, pero todos terminaban por convencerse de que la fuerza militar era necesaria a la postre para mantener a los indios sujetos al orden misional y para reprimirlos en caso de que llegaran a violentarse.¹⁹

Y la verdad es que los indios, aunque en un principio se mostraban amigables con los religiosos y aun manifestaban ante éstos una cierta sumisión, no tardaban en empezar a inquietarse y a asumir, frente a sus ministros, actitudes de rebeldía. ¿Por qué?

Podemos pensar que era el inevitable resultado del proceso de cambio cultural que se ponía en marcha por efecto del contacto y sobre todo a raíz de la fundación de los establecimientos misionales. Dentro de ese proceso se daban simultáneamente fenómenos de adquisición y de pérdida de rasgos culturales. Lo que los indios adquirían poco a poco eran elementos de la cultura de que eran portadores los misioneros; lo que perdían eran rasgos de sus propias tradiciones de cazadores-recolectores. Implicados, pues, en un proceso de cambio cultural que tenía esta doble vertiente de adquisición y pérdida —proceso que los misioneros procuraban acelerar con todos los recursos a su alcance—, los indios empezaban pronto a ver amenazado nada menos que el modo de vida que les permitía sobrevivir. Era seguramente entonces cuando mudaban su confianza en recelo y tendían a volverse opositores de los misioneros. Era también entonces, seguramente, cuando los misioneros se percataban de que no podrían seguir adelante sin el efectivo apoyo de una fuerza militar.

Como en las demás misiones de la península, en las de la parte sur hubo hombres armados que, en función de escolta militar, acompañaban a los religiosos. No siempre ocurrió esto. Recién fundada la misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz, el padre Bravo permaneció por algún tiempo en ella con algunos sirvientes pero sin soldados escolteros. Veíamos hace un momento que el padre Nicolás Tamaral se hallaba sin escolta al tiempo de la rebelión. Pero, salvo casos como estos que menciono, lo común era que en las misiones hubiera por lo menos un hombre armado.

Aparte de esta fuerza militar local, que resultaba casi simbólica, se contaba en la provincia de California con un cuerpo de tropa más formal, que

¹⁹ *Ibid.*, p. 100-112.

obraba en parte como escuadra volante, es decir, desplazándose hacia los lugares donde se le requería. Era el presidio de Loreto. A la región del sur acudían en un principio los soldados de Loreto tan sólo cuando se presentaban situaciones de gran tensión, como ocurrió en 1723 y 1725. Solían los soldados del presidio pasar algún tiempo en los establecimientos misionales y hacer recorridos por las inmediaciones de ellos "para infundir miedo [en los nativos] y pacificar a los que inquietaban a los demás", según dice en su crónica Miguel Venegas.²⁰ Luego se hizo necesario aumentar la frecuencia de las visitas, único modo, decía el capitán del presidio de Loreto, de sosegar a los indios y "poner freno a sus insolencias".²¹ Hacia 1731, la periodicidad de esa presencia militar de refuerzo era de dos veces por año.

Aun así, los recorridos hechos en forma tan espaciada no parecían suficientes para asegurar la quietud de los aborígenes sureños y para hacer posible la continuidad de la acción de los misioneros. El padre Tamaral explicaba del siguiente modo las dificultades que experimentaban los religiosos por la falta de un auxilio militar constante:

aunque por acá todo está quieto días ha . . . siempre es tan necesaria la frecuente visita [de los soldados de Loreto], que sin ella nada estable podremos hacer y la pérdida de almas será mucha. No puede el padre, ni conviene, remediar los desórdenes continuos, los amancebamientos, las muertes, especialmente de parvulitos, que me quiebran el corazón; las hechicerías y el modo de vida brutal y silvestre, con lo que de suyo lleva, que es un conjunto de pecados. No puede el padre evitarlo, así porque no tiene el padre fuerza para ello como porque no conviene que el padre ande con el azote . . . Por otra parte, se ofrecen casos tales que están forzando a castigarlos. Venir solamente la visita cuando ya está alborotado todo es de muy poco provecho. Me persuado [de] que es más útil el remedio que preserva del tabardillo que el que, después de quebrantado el enfermo, con sajas y sangrías lo medio sana, y tengo para mí que, si hubiera frecuente visita [de soldados], lográramos muy buena cristiandad y no hubiera que hacer ni alborotos.²²

Al mismo tiempo que la necesidad del recurso militar exhiben estas consideraciones de Tamaral la insuficiencia de la acción misionera como instrumento único de conquista. Más conciso y tajante resulta un texto que tomo de una carta escrita en esos mismos años por el padre visitador Sebastián de Sistiaga: "Aquellos hijos del sur —decía este religioso—, a lo que parece, son de ánimos inquietos: si no dan por sí la cerviz al yugo es necesario ponérselo con madrina, y esta madrina es una escuadra."²³

²⁰ *Ibid.*, p. 109.

²¹ *Ibid.*

²² Citado en *ibid.*, p. 109-110.

²³ Citado en *ibid.*, p. 110.

No se puso por entonces una escuadra militar de planta en el sur ni tampoco dejaron de percibirse las constantes inquietudes de los indios. Tanto en Santiago como en San José se fueron haciendo cada vez más notorias las actitudes renuentes de algunos jefes indígenas y esto era, quizá, para los padres el más claro indicador de que iban perdiendo el control de las situaciones. El padre Sebastián de Sistiaga le comentaba al capitán del presidio de Loreto respecto de uno de esos alebrestados jefezuelos aborígenes: "Botón —que así le decían al indio— anda altanero, esto es, no está en sujeción, y Dios libre a vuestra merced de Botón, que anda fuera del ajuste del ojal, que él [es el que] descompone el armador".²⁴ Con esta idea del liderazgo amenazante, el padre Carranco pretendió luego quitar el mando a Cristóbal Abué, jefe de una de las rancherías de Santiago y de quien se dice en un documento que tenía también un cierto ascendiente sobre otras rancherías de la región.²⁵ Resultó imprudente e inútil esta acción de Carranco, pues Cristóbal se distanció más del misionero y no tardó en recuperar su posición de autoridad entre los suyos. Fue, lo hemos dicho ya, uno de los que en Santiago movieron a la rebelión.

Los misioneros, que habían logrado asentarse en territorios de los aborígenes sudpeninsulares, que habían podido fundar y sostener allí establecimientos misionales, que habían hecho de éstos, pese a su modestia, centros de permanente influjo cultural, que habían tenido capacidad para mantener en asedio ciertas formas básicas de la práctica social de los nativos, como era la de la poliginia; que habían, con todo ello, introducido factores de desestabilización política, social y económica en las comunidades indígenas, no pudieron, en cambio, defender su posición y sus personas cuando al fin los indios reaccionaron con violencia. Sucumbieron los padres, sus acompañantes y los centros misionales. Consiguieron su propósito los indios rebeldes. Se eliminó la presencia extraña y recuperaron su autonomía las rancherías indígenas. Se extinguieron en el ámbito local las fuerzas que venían perturbando la vida de las comunidades aborígenes y que empezaban a amenazar la propia sobrevivencia de éstas.

Pero, ¿qué significó a la postre el inmediato triunfo de este movimiento restaurador? Vamos a hacer algunas referencias a lo que aconteció en el sur de la península a raíz y a consecuencia de la rebelión.

La primera medida tomada por los superiores jesuitas de las misiones californianas, una vez que recibieron la noticia del levantamiento, fue la de solicitar refuerzos militares en el exterior de la provincia. Se dirigieron en efecto a sus correligionarios de la contracosta continental, los que en sólo unos cuantos días reclutaron y mandaron a la península cien indios fle-

²⁴ Carta de Sebastián de Sistiaga a Esteban Rodríguez Lorenzo: Guadalupe. 16 marzo 1731, Archivo General de la Nación (México), *Historia* 308, f. 438 v.

²⁵ Auto de remisión de indios presos... (ya citado), f. 301 v.-302.

cheros extraídos principalmente de las misiones de los ríos Fuerte y Yaqui. Mientras se hacían estos movimientos, los procuradores de la Compañía de Jesús dieron cuenta de la rebelión al virrey-arzobispo de México, Juan Francisco de Vizarrón, al que pidieron que autorizara nuevas plazas de soldados para el presidio de Loreto. La gestión hecha ante la autoridad virreinal no tuvo respuesta inmediata, pero ello no retrasó el inicio de la campaña de reconquista. En cuanto llegó a la península la escuadra indígena enviada de la contracosta, el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, se puso al frente de veinticinco soldados presidiales armados de escopetas, y de otros tantos indios flecheros, de los recién llegados. El 31 de octubre, es decir, al cumplirse apenas un mes del estallido de la rebelión, estas tropas quedaron acantonadas en La Paz y empezaron a desplazarse por toda el área comarcana en plan de combate.²⁶

A lo largo de los meses siguientes, las tropas expedicionarias hicieron continuos recorridos por los territorios existentes entre las misiones de La Paz, Santiago y Todos Santos. Pero más que a combatir esas tropas se dedicaron a buscar indios y a perseguir a los pocos que lograban encontrar. Según la crónica del padre Taraval, a veces parecía que los hombres de Rodríguez Lorenzo se movían en un territorio por entero despoblado. Los indios que ocasionalmente llegaban a ser vistos por las tropas presidiales no eran indios guerreros, levantados o levantiscos, sino hombres y mujeres que hacían lo posible por rehuir el contacto, que abandonaban sus parajes de abrigo en cuanto advertían la presencia extraña, que andaban siempre dispersos en los montes, solos o en muy pequeños grupos. No se puede decir, pues, que aquellos indios estuvieran participando en una rebelión. La rebelión se había producido antes y había ya terminado. Ahora de lo que se trataba por parte de los indios era de rehuir el contacto, de permanecer en la marginación, de hacer lo posible por ganar esa nueva batalla sin librarla, simplemente huyendo.²⁷

La campaña cobró el carácter de una empresa punitiva, más que de reconquista. Y como fueran realmente pocos los indios que los soldados lograban haber a las manos, la táctica para reducir a la población nativa sureña consistió en actuar sobre la parte más débil de esa población: las tropas lauretanas empezaron a perseguir y capturar mujeres y niños para forzar así a los hombres a rendirse. No sólo se procuró hacer prisioneras a las indias sino que, según afirma el padre Taraval, a las que se capturó se las envió a Loreto y luego se las desterró a la "isla más remota de la tierra, para que allí estuviesen hasta que se acabaran de componer las cosas".²⁸ Es probable que las desterradas no hayan vuelto jamás a sus lugares de origen.

²⁶ Vid. Ríó, *op. cit.*, p. 214.

²⁷ *Ibid.*, p. 214-215.

²⁸ Taraval, *op. cit.*, parágrafo 172.

A fines de 1735 llegó a Loreto el gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, quien tenía el encargo virreinal de someter de nueva cuenta a los indios del sur de la península. Llevaba consigo un competente número de soldados, con los que desde luego se dispuso a cumplir con su cometido.

La presencia de estas tropas en la región meridional seguramente hizo más difíciles las condiciones de vida de aquella población aborigen que buscaba escapar a toda costa del contacto. El caso es que algunos grupos indígenas sureños empezaron a retirarse de los que eran sus territorios tradicionales de recorrido y a refugiarse en las islas y en el extremo sur de la península. Esto los puso a cubierto de los ataques de sus perseguidores, pero los enfrentó al problema de la escasez de alimentos. Por una india que fue hecha prisionera se supo que los huchitíes, aripes, coras e indios de los cantiles, es decir, varios de los grupos que habían estado vinculados a las misiones de Nuestra Señora del Pilar de la Paz y de Santiago, habían salido de sus tierras por miedo de las tropas y se habían refugiado en una zona marginal, pobre de recursos alimenticios. Se supo también que aquellos indios padecían a la sazón grandes hambres por ser ellos numerosos y "haber en esos parajes poco que comer".²⁹

Pero la llegada de Bernal de Huidobro significó también un cambio en la política seguida frente a los indios sureños. A diferencia de Rodríguez Lorenzo, el gobernador de Sinaloa actuó con cierta lenidad; a muchos de los indios que sus hombres capturaron los dejó libres luego, no sin antes darles alimentos y hacerles saber que serían bien recibidos todos los que se entregaran de paz.

En poco tiempo, la política de Bernal de Huidobro hizo que, al fin, los temerosos californios del sur salieran de sus escondrijos y se acercaran de nuevo a los sitios misionales. En Santiago se juntaron pronto más de ochocientos indios y también a Todos Santos fueron llegando, "todos hambrientos", los indios que habían sido de esa misión.³⁰ Los jefes de las rancherías de San José del Cabo enviaron emisarios para decir a Bernal de Huidobro que querían verlo y hablar con él. El gobernador atendió el llamado y fue con algunos de sus hombres hasta el lugar donde había estado aquella misión. Lo que los indios hicieron para recibir al militar mueve a pensar que, a esas alturas, el temor y la desesperación de los nativos los habían llevado a renunciar a aquel afán de recuperar su antigua autonomía y de mantener la integridad de las tradiciones autóctonas. Como pudieron, los indios de San José techaron una parte de la iglesia que habían incendiado casi dos años antes y volvieron a poner de pie una cruz grande que estaba derribada. El día que entró al pueblo Bernal de Huidobro halló éste "a más de doscientos indios cantando el *Alabado* delante de la Santa Cruz"; en lugar aparte,

²⁹ *Ibid.*, parágrafo 283.

³⁰ *Ibid.*, parágrafo 302.

según el orden que había sido impuesto por los jesuitas, estaban las mujeres y los niños entonando también un cántico cristiano.³¹

He sostenido en otro trabajo que la rebelión indígena de 1734 fue una especie de parteaguas en la historia de las misiones jesuíticas de la península.³² Cambiaron entonces radicalmente las actitudes de los misioneros y, en general, el sistema de relación hispano-indígena. Creo que también para los indios fue aquélla una experiencia que los impactó profundamente, que minó su capacidad de lucha, que los fue haciendo caer en el desánimo. Quizá nada exprese tan vívidamente la desesperanza en que cayeron los grupos indígenas del sur como las reacciones de algunos de los indios que fueron hechos prisioneros. Uno de ellos, luego de haber declarado bajo la presión de sus captores que él “no había querido admitir consejos ni los admitía” y “que siempre había sido malo y lo era”, terminó diciendo a los que lo interrogaban “que estaba cansado de vivir, que quería morir y, así, que lo matasen”.³³ Desde el lugar donde se hallaban presos gritaban unos guaycuras condenados a muerte: “¿Cuándo nos van a matar? ¿Qué esperan? Acaben ya de matarnos.”³⁴ Ese desear la muerte por desesperanza parece haber sido, aun antes de la rebelión, un extremo al que llegaban los nativos que, por oponerse al orden misional, quedaban a merced del brazo militar de las misiones. Alguno de ellos, que era conducido a Loreto, luego de ver que otro reo había sido ajusticiado por haberse resistido a caminar, comenzó a gritar a los soldados lauretanos: “¿Para qué me llevan? No me lleven. Mátenme a mí también y váyanse.”³⁵

Los forasteros habían llegado para quedarse y los que debieron salir fueron más bien los indios: los que se juzgaban peligrosos, los que parecían contumaces, los que no fueron inmediatamente ajusticiados. En mayo de 1737, el gobernador Bernal de Huidobro remitió presos, con pretendido destino a la ciudad de México, a veinticinco indios pericúes a los que un juzgado de guerra había encontrado culpables de diversos delitos. No estará de más que yo mencione aquí sus nombres y otros datos que tomo del auto de remisión.³⁶ Se aplicó el castigo de destierro a Cristóbal Abué, de la rancharía de Uñó, “por ser el principal motor del alzamiento” y haber “convocado a los demás para que ejecutasen la muerte del padre José Lorenzo Carran-

³¹ *Ibid.*, parágrafo 316.

³² Ignacio del Río, “Reflejo de una crisis en una crónica jesuítica. Sigismundo Taraval y su testimonio sobre la rebelión de los californios del sur”, en *Históricas* (boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM), núm. 25, febrero 1989, p. 3-22.

³³ Taraval, *op. cit.*, parágrafo 175.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Aclaro que en el *Auto de remisión de indios presos* . . . , multicitado en este trabajo, se habla de 26 indios condenados a destierro, pero, según la lista de nombres, sólo 25 fueron embarcados.

co"; a Domingo Salvador Cunuam, alias Botón, de la ranchería Cuniní, por concurrir a la sedición; a Ignacio Moyoná, de la ranchería Muñiyá, por lo mismo; a Miguel Yupiné, de la ranchería Tacam, por lo mismo; a Nicolás Cunuam, alias Condú, de la ranchería de Ensenada de Palmas, por lo mismo; a José Cumenené, alias Curequí, por matar al sirviente llamado Gerónimo; a Marcelino Quichorí, alias El Ratón, y Baltasar Cumené, por haber servido de mensajeros; a Joaquín Cunuam, de la isla de Cerralvo, porque "fue quien mató al padre Nicolás Tamaral"; a Felipe Caichané, "por haberse abrazado con dicho padre Nicolás y tirádole a tierra para que los demás lo mataran"; a Francisco Metee, de la ranchería Yenekamú, por continuar en actitud rebelde; a Miguel Caduané, por haber matado a la mujer del soldado Felipe de Villalobos; a Santiago Tanané, Salvador Urumené y Manuel Cunuam, por haber matado a unos marineros de la nao de Filipinas que desembarcaron en San José; a José Quiniñoné, por haber dado el primer flechazo al padre Carranco; a Nicolás Eguí, por haber concurrido a dar muerte a los sirvientes del padre Tamaral; a Sebastián Yeguané, por matar a un indio auxiliar; a Agustín Metee, por lo mismo; a Crisanto Quichorí, por contribuir a dar muerte a los hijos del soldado Villalobos; a Pablo Metee y Miguel Mononé, por haber matado a los indios sirvientes de Tamaral; a Mateo Cumenené, porque fue el que "se abrazó con el padre Lorenzo José Carranco después que ya estaba herido de varios flechazos y lo derribó a tierra para que lo acabaran de matar"; a Antonio Quichorí, por juntar a la gente y llevarla a la misión de San José para dar muerte a Tamaral, y a José de la Puente, por haber llevado un mensaje y por alentar a la rebelión. Se habían condenado a la misma pena de destierro, pero aún andaban fugitivos, Ignacio Metee, alias Quicananagua o Cacananaagua, de la ranchería Yenekamú, por ser uno de los principales cabecillas de la rebelión, y, por participar en ésta, a Juan Eguí y el "hechicero" llamado Cuayuquinigá, de la ranchería Yatugú, y Pedro Apiruiné, de la ranchería Truañó. Los presos fueron embarcados en el navío San José, que estaba surto en la Ensenada de Palmas. Debo decir que, en el curso del viaje, fueron pasados a cuchillo so pretexto de haberse amotinado.³⁷

En alguna parte debe uno terminar su exposición y pienso que este es un momento oportuno para dejar por hoy nuestro asunto. Como ocurre siempre que tratamos de explicar algún proceso histórico, más serán las preguntas que queden abiertas que las que hayan podido ser respondidas. ¡Qué bueno! Tenemos materia para pensar, para discutir, para seguir investigando.

³⁷ *Establecimiento y progresos de las misiones de la Antigua California*, Ms., Archivo General de la Nación (México), *Historia* 21, f. 180.



(viene de la p. 26)

dental que se recoge en la prensa periódica del siglo XIX y principios del XX es sin duda una valiosa aportación para la historia, el desarrollo y el avance de la ciencia odontológica en México."

En esta obra, precedidos por una advertencia de la autora, han sido agrupados en doce apartados, según el tema, los textos cuya transcripción se hizo tal como aparecieron en los periódicos y siguiendo un riguroso orden cronológico. Abarcan desde anuncios de dentistas que ofrecen sus servicios al público hasta publicidad de blanqueadores y dentífricos, avisos de sociedades y congresos, consejos, técnicas, controversias y novedades en materiales e instrumentos.

Coediciones

Dentro de la serie Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas que coedita nuestro Instituto con el de

Investigaciones Filológicas, también de la UNAM, han aparecido ya cuatro volúmenes. Son ellos el *Vocabulario Manual de las Lenguas Castellana y Mexicana*, de Pedro de Arenas; el *Arte de la Lengua Mexicana*, de Horacio Carochi; *Los Colloquios y Doctrina Christiana*, de Bernardino de Sahagún, y el *Confesionario Mayor*, de Alonso de Molina. Estas ediciones van precedidas de sus correspondientes estudios introductorios y, cuando fue necesario incluyen la paleografía y versión del texto náhuatl.

Está por salir a luz el volumen V de esta serie intitulado *Tratado de Sortilegios y Hechicerías* de fray Andrés de Olmos, precedido de un estudio introductorio, con paleografía y versión del texto náhuatl del investigador francés Georges Baudot.

Se encuentra además en prensa el volumen VI de esta serie, que incluye la que será primera edición de un conjunto de documentos inéditos debidos a fray Bernardino de Sahagún. Entre otras cosas las *Addiciones a la Postilla y el Apéndice*. Estos importantes manuscritos han sido estudiados y paleografiados por el doctor Arthur J. O. Anderson, de la Universidad de California en San Diego. Se espera que éste y el anterior volumen aparezcan publicados en fecha próxima. Se hallan también en preparación otros materiales que serán incluidos en esta serie de Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas. Entre otras cosas, Karen Dakin prepara la edición de un conjunto de documentos en nahua pipil de Guatemala. A su vez Librado Silva Galeana ha recibido el encargo de paleografiar y



traducir otro conjunto documental de principios del siglo XVII, de importante contenido histórico, procedente del pueblo de Santa María Ixhuacan en el sureste de Guatemala.

Publicaciones periódicas

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, editor Álvaro Matute, editor asociado Ricardo A. Sánchez Flores, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, volumen 13.

Índice

Artículos: Roberto Heredia Correa, "Mariano Rivas (1797-1843). Una vida breve, una obra larga"; Carlos Illades, "De los gremios a las sociedades de socorros mutuos: el artesanado mexicano, 1814-1853"; Evelia Trejo, "Consideraciones sobre el factor religioso en la pérdida del territorio de Texas, 1821-1835"; Javier Mac Gregor C., "El levantamiento del sur de Michoacán, 1830-1831"; Héctor C. Hernández S., "México y la Encíclica *ETSIAM DIU* de León XII"; Marcela Terrazas, "Hacia una nueva frontera. Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1865"; José E. Covarrubias, "El diplomático Richthofen y

su idea de la «cuestión mexicana» entre 1854 y 1862”; Silvestre Villegas, “El papel desempeñado por Prim y Manuel Doblado en los preliminares que antecedieron a la intervención francesa”; Melchor Campos García, “La guerra de castas en la obra de Carrillo y Ancona (historia de una disputa por el control social del maya)”; Ariel Rodríguez Kuri, “Francisco Bulnes, Porfirio Díaz y la revolución maderista”; Alicia Mayer, “La política del gobierno de los Estados Unidos hacia México (noviembre de 1911 a febrero de 1913)”.

Documentos: Antonio Benavides, “Reflexiones sobre las diferentes escuelas históricas desde la antigüedad hasta nuestros días”, presentación de Enrique Plasencia de la Parra; Abraham Téllez Aguilar, “Una iglesia cismática mexicana en el siglo XIX”.

Reseñas Bibliográficas: Víctor Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura “revolucionaria”* (1925), por Álvaro Matute; Aída Lerman Alperstein, *Comercio exterior e industria de transformación en México, 1919-1920*, por Álvaro Matute; Emeterio Valverde Téllez, *Bibliografía Filosófica Mexicana*, por Álvaro Matute.

Publicaciones en prensa

Alfred W. Crosby, *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, prólogo de Otto von Mering, traducción de Cristina Carbó, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones



Históricas, 1991 (Serie Historia general).

Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España, II, Fundaciones de los siglos XVII y XVIII*, 2 v., 2da. edición, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México/Cruz Roja Mexicana, v. II (Serie Historia Novohispana).

Estudios de Historia Novohispana, Publicación eventual del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, editora Rosa Camelo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Está a punto de aparecer el volumen 10 de esta publicación cuyo sumario damos abajo.

Sumario

Artículos: “La organización eclesiástica de la Nueva España durante los



siglos XVI y XVII”, por *Virve Pihó*; “La periodización de la producción minera en el norte de la Nueva España durante la época colonial, por *Peter Bakewell*; “Pelear con el Cid después de muerto: Las *Apologías y discursos de las conquistas occidentales* de Bernardo Vargas Machuca, en controversia con la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas”, por *Benjamín Flores Hernández*; “El virrey y la Secretaría del Virreinato”, por *Rosa Ávila Hernández*; “Las instituciones de mujeres, raíz de esplendor arquitectónico en la antigua ciudad de Santiago de Querétaro”, por *Josefina Muriel*; “Eguira y Eguren, orador sagrado”, por *Ernesto de la Torre Villar*; “Testimonios sobre la destrucción de las misiones tarahumaras y pimas

en 1690”, por *Luis González Rodríguez*; “Colonialismo y Frontera. La imposición del tributo en Sinaloa y Sonora”, por *Ignacio del Río*; “La visita eclesiástica de Francisco Atanasio Domínguez al Nuevo México (1776) y su relación”, por *Martín González de la Vara*; “Clavigero ante la conciencia historiográfica mexicana”, por *Juan A. Ortega y Medina*; “Hace doscientos años: «México llorosa. . .»”, por *Guillermo Porras Muñoz*; “Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología en México”, por *José Alcina Franch*; “La rebelión del indio Mariano (Nayarit, 1801)”, por *Felipe Castro Gutiérrez*; “Oasis culturales en la Antigua California: Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773”, por *Michael Mathes*.

Reseñas bibliográficas: Woodrow Borah, *El juzgado general de indios en la Nueva España* y Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México, Tenochtitlán y Tla telolco, sus pueblos y barrios, 1817-1819*, por Rosa Camelo; Constantino Reyes Valerio, *El pintor de conventos. Los murales del siglo XVI*

en la Nueva España, por Rosa Camelo; Antonio Rubial García, *El convento agustino y la sociedad novohispana (1533-1630)*, por Rosa Camelo; John Tate Lanning, *The Royal Protomedicato. The Regulation of the Medical Professions in the Spanish Empire*, por Dorothy Tanck de Estrada.

Coloquio

El Instituto de Investigaciones Históricas doctor José María Luis Mora y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM están organizando el coloquio "Formas de facultad, crédito e innovación en el tránsito a la sociedad capitalista en México", que se llevará a cabo del 10 al 14 de febrero de 1992, en el Instituto de Investigaciones Históricas.

Para recabar más información, los interesados pueden comunicarse con Leonor Ludlow, en el Instituto de Investigaciones Históricas, al teléfono 546-82-05, o con Jorge Silva, en el Instituto doctor José María Luis Mora, a los números telefónicos 596-53-40 y 596-50-81.

Reseñas

¿Una nueva aportación sobre literatura náhuatl: el libro de Amos Segala?*

Las producciones literarias en náhuatl, las antiguas y las contemporáneas, son cada día objeto de mayor interés. Como lo muestran las bibliografías que, año con año, viene publicando Ascensión H. de León-Portilla en *Estudios de Cultura Náhuatl*, editados por la Universidad Nacional Autónoma de México, investigadores de este país y de otros como los Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, España, Holanda y varios más, sacan a luz textos de la tradición indígena, estudios lingüísticos y filológicos, obras de contenido histórico en las que el tema literario está presente.

Dentro de esa corriente de aportación hay trabajos de reconocido mérito y otros de valor muy discutible. Aquí comentaré uno, del italiano Amos Segala, intitulado *Literatura náhuatl, fuentes, identidades, representaciones*. Aparecido originalmente en francés, en Roma, 1989, ha sido traducido al castellano y publicado en 1990.

Distribuye Segala el contenido de su libro en diez capítulos. Los primeros cuatro los destina a describir el contexto histórico en el que se desarrolló la actividad literaria de los nahuas. Así, después de establecer las que llama "precisiones metodológicas", se ocupa de los antecedentes históricos que culminaron en la configuración del estado mexica. Trata luego de lo que, a su juicio, fueron la palabra y la escritura en la sociedad prehispánica altamente jerarquizada. Da término a la que puede considerarse como una "primera parte" de su trabajo atendiendo a las fuentes, de modo especial a las que reunió Sahagún, con particular énfasis en los que designa como "problemas lingüísticos: técnicas e ideologías".

Los otros seis capítulos, que forman una especie de "segunda parte", versan sobre las producciones mismas de la literatura en náhuatl. Adoptando varios enfoques críticos se fija Segala primeramente en los textos poéticos, es decir en los cantares. Enseguida considera los que, inexplicablemente,

* Amos Segala, *Literatura náhuatl. Fuentes, identidades, representaciones*, traducido del francés por Mónica Mansour, México, Grijalvo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, xvi-317 p.

designa a lo largo de todo su libro, en su edición original en francés y en su versión castellana, como *huetlahtolli*, en vez de *huehuehtlahtolli*. En su exposición abarca temas relacionados con la transmisión de los textos, los géneros de los mismos, los aportes de distintos investigadores acerca de ellos, las funciones de los forjadores de cantos, la poesía en cuanto código social e ideología, abarcando además de modo particular su carácter de espectáculo. Como habremos de verlo, concede asimismo considerable importancia a la que llama “una nueva interpretación de la poesía náhuatl” por John Bierhorst.

Bajo el rubro, errónea y constantemente empleado por Segala de *huetlahtolli*, da entrada en su postrer capítulo, a las diversas formas de *tlahtolli*, discurso o prosa, haciendo frecuentes referencias a lo aportado por Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún y en menor grado a lo que piensa puede derivarse de las varias transcripciones de anales de tradición indígena.

Entre los propósitos que movieron a Amos Segala a escribir este libro sobresalen dos que merecen particular atención. Uno es divulgar —aprovechando las aportaciones de investigadores que han acudido directamente a las fuentes— lo que él ha alcanzado a conocer de esta literatura. El otro, más original, se dirige a someter a diversas formas de análisis y apreciación crítica lo que precisamente han presentado esos investigadores, a partir de los recopiladores de textos en el siglo XVI, hasta concentrarse en los trabajos de los traductores, comentaristas, historiadores y expositores contemporáneos.

Como en síntesis describe él las que considera condiciones imprescindibles de validez crítica, lingüística y filológica, en quienes se propongan hacer aportación auténtica en el campo de estudio de la literatura en náhuatl. Menciona como primera tarea “reunir todos los manuscritos publicados e inéditos que se encuentran diseminados por todo el mundo”. Como segundo requerimiento, postula la necesidad de “hacer ediciones críticas de ellos . . .” con apoyo en los recursos de “la manuscriptología . . .” Finalmente destaca que debe realizarse tal empresa “a partir de un apoyo lingüístico bien establecido o restablecido en su integridad e integralidad . . .” (p. 28).

Frente a esta enunciación de requerimientos de enfoque crítico, espontáneamente surge una pregunta en el lector de esta obra, sobre todo en quien la ha leído en forma completa. ¿Cómo es posible que quien enuncia tales requerimientos y escribe un libro de más de 300 páginas sobre literatura náhuatl, muestre a lo largo de ella no sólo desconocer el náhuatl, incurriendo en numerosas y lamentables equivocaciones —que habré de ejemplificar— sino también deje ver escasa o errónea información acerca de personas, acontecimientos y diversos temas relacionados con la literatura y la cultura de los nahuas?

Una y otra deficiencias condicionan en muchos aspectos los alcances del trabajo de Segala. Y son tanto más deplorables cuanto que su innegable y

a veces audaz perspicacia lo lleva a formular algunos señalamientos críticos de interés.

Comenzaré por mostrar varias de las deficiencias a que he aludido. De su desconocimiento y descuido respecto del náhuatl dan amplio testimonio los siguientes casos. Tanto en el texto de la edición original de su libro en francés como en su traducción al castellano escribe más de cien veces —sin excepción alguna— *huetlahtolli*, en lugar de *huehuehtlahtolli*. Como en ninguna parte explica la etimología de este vocablo parece no haberse percatado de su error.

Refiriéndose a la que califica de distinción “de tipo sustancial, objetivo” en el lenguaje, nos dice que “llamaban *tecpictállotl* (*sic por tecpillahtolli*) al lenguaje superior . . .” y “*macehuallátotl* (*sic por macehuallahtolli*) a la lengua de comunicación corriente” (p. 77). En otro lugar nos informa que “la palabra chichimeca, según ciertos especialistas, significaría «lugar del joven», es decir población nueva aún no iniciada en las delicias de la cultura, pero también población joven capaz de asumir con valor y éxito los desafíos de la situación posclásica” (p. 46). Ciertamente no vale la pena detenerse en los obvios equívocos de tal aseveración. En primer lugar chichimeca no significa lugar alguno puesto que no es un locativo. En segundo, en ella no hay elemento que denote la idea de joven.

En cuanto a grafías incorrectas de palabras nahuas las muestras abundan, algunas repitiendo el error: dos veces *Izapálotl* (*sic por Itzpapalotl*) (p. 53); *Motlelchih* (*sic por Motelchiuh*) (p. 258); *Achitomel* (*sic por Achitometl*) (p. 53); *chinameca* (*sic por chinampaneca*) (p. 55); *Tillan Tlapallan* (*sic por Tlillan Tlapallan*).

Todos los textos traducidos del náhuatl que cita Segala —con una excepción que luego analizaré— están tomados de traducciones de distintos investigadores, principalmente de Ángel María Garibay y de quien esto escribe. En mucha menor proporción los toma de Alfredo López Austin, Gordon Brotherston, John Bierhorst y Christian Duverger. En lo que toca a Garibay aduce numerosos textos traducidos por éste en las páginas 136, 143-144, 182, 183, 184, 186, 189, 190, 191, 191-192, 193, 195, 196-198, 206-207, 208, 209, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224-226, 228, 230-233, 236, 237, 245, 290-291, 302-303. En la mayoría de los casos las largas citas que hace Segala de esas traducciones de Garibay las presenta para ilustrar los géneros literarios nahuas, así como sus características. No obstante ello, en sus secciones de valoración crítica, sin hacer aplicación específica a una traducción en particular de las muchas que cita de Garibay, le atribuye postulados que considera erróneos.

En lo que a mí toca, transcribe, también para mostrar lo que es la literatura náhuatl, traducciones que he preparado, en las siguientes páginas de su obra: 38, 39, 49, 50, 55, 73, 125, 143, 144-146, 228-229, 252. Pero además de esas citas de textos en las que reconoce que son traducciones mías incluye otras,

más numerosas aún, respecto de las cuales no indica que las tomó de mis trabajos sino que, haciéndose pasar como estudioso directo de las fuentes, tan sólo copia las respectivas referencias documentales. En otras palabras, se apropia de traducciones preparadas por mí en las páginas 36, 39-40, 41, 52, 64, 65-66, 73, 76, 77-78, 79, 81, 141, 173, 251, 283.

Dado que de López Austin sólo cita tres versiones (p. 75, 174 y 297-298), me referiré a las que presenta de Bierhorst y Duverger. Del primero aduce como versión propia un texto en náhuatl con traducción castellana derivada de la inglesa de Bierhorst. Sólo que no parece haber atendido del todo a ella, de suerte que es inexacta (p. 161). El lector puede fácilmente comprobarlo comparando la versión de Segala y la de Bierhorst (*Cantares mexicanos, Songs of the Aztecs*, Standford, 1985, p. 269).

Muy deficientes son las versiones castellanas que se publican en esta obra de Segala derivadas del libro de Christian Duverger (*La Fleur Létale*, París, 1979). Se trata de fragmentos del *huehuehtlahtolli* incluido por fray Bernardino de Sahagún como capítulo 21 del libro VI del *Códice Florentino*. Segala que proclamó, según vimos, que el investigador de la literatura náhuatl debe trabajar "a partir de un apoyo lingüístico bien establecido o restablecido" (p. 28), no sólo no tomó en cuenta el texto en náhuatl —cosa para la que no tiene preparación— sino que tampoco atendió a la versión que de él ofrece Sahagún. Optando por seguir a Duverger, que vierte del castella-



no de fray Bernardino, traduce: "Pues tú eres como el maguey; si se abre demasiado pronto, deja rápidamente de dar azúcar y perece."

El texto en castellano de Sahagún, que bien pudo citar directamente Segala, no habla de *azúcar* ni podía hacerlo, por la sencilla razón de que ella era desconocida en el México prehispánico. La palabra que emplea fray Bernardino es miel, entendida aquí como "aguamiel" del maguey.

Los ejemplos aducidos son suficientes. Atenderé ahora a algunos casos en que muestra Segala poseer escasa o nula información acerca de personas, acontecimientos y otros temas directamente relacionados con la lengua y cultura nahuas. Así, hablando de los cronistas Ixtlilxóchitl, Chimalpahin y Tezozómoc, afirma (p. 15 en nota), que "representan respectivamente la voz específica de los centros principales de la Triple Alianza: Tenochtitlan, Tezcoco y Acolhuacan". Dos son los errores. Por una parte, los centros principales de la Triple Alianza eran Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan (no Acolhuacan que es el nombre de la región tezcocana). Por otra, Chimalpahin no representa la voz específica de ninguno de esos centros ya que él proviene de la región de Chalco-Amecameca.

Con referencia no ya a cronistas indígenas sino a investigadores contemporáneos, su descuido lleva a Segala a mal transcribir nombres de bien conocidas personas: Lockart (*sic* por Lockhart), Changerer (*sic* por Canger) (p. 27) . . . Haciendo crítica, en otro lugar, de la que tiene como carencia de buenas ediciones de varios códices, menciona, entre otros, a los que se conocen como *Mexicanus* y *Azcatitlan*. A éstos incluye en su afirmación: "De todos estos códices existen ediciones mediocres, envejecidas, que no toman en cuenta los diferentes cómputos cronológicos utilizados y no establecen ninguna lectura comparada con documentos emparentados" (p. 281). Por lo visto Segala desconoce las muy aceptables ediciones con comentarios del *Mexicanus*, debida al distinguido investigador Ernest Mengin (París, 1952), y del *Azcatitlan*, trabajo del infatigable Roberto Barlow (París, 1949).

Confusa, por no decir francamente errónea, es la mención que hace Segala del llamado *Códice de Tolosa* (copia con variantes del texto castellano incluido en el *Códice Florentino*). Al respecto afirma que Sahagún, a partir de 1575, con el apoyo del padre Rodrigo de Sequera, "hace una nueva transcripción revisada y aumentada [de sus manuscritos] y dicta a sus nuevos colaboradores la versión española de sus materiales. Esta versión —añade Segala— se conoce como el *Manuscrito de Tolosa*" (p. 100). Cualquier estudio de la génesis de la obra de Sahagún sabe que la versión española no se conoce como *Manuscrito de Tolosa* —que es copia con variantes— sino como texto en castellano del *Códice Florentino*.

Otra muestra de la poca familiaridad de Segala con las obras básicas para el estudio de la literatura y la lengua nahuas, la proporciona su errónea descripción del manuscrito en el que se hallan los *Cantares Mexicanos* (fondo franciscano 1628 bis, Biblioteca Nacional de México). Increíblemente

—pues tal apreciación es falsa— afirma que “el manuscrito está redactado con lo que se ha llamado una grafía jesuística (*sic* por jesuítica), de acuerdo con un *Ur-text* (*sic* en alemán para decir con aires germánicos «texto primitivo»), franciscano, perdido. . . El uso generalizado del «saltillo» y del «agudo», propuesto primero por Rincón en 1595 y después, sistemáticamente por Carochi en 1645 (ambos jesuitas), es un argumento incuestionable en favor del origen jesuita” (p. 159).

Tan sólo hay que decir que en los Cantares Mexicanos, cuya transcripción se concluyó en las últimas décadas del siglo XVI, no hay empleo alguno de signos para registrar ni el saltillo ni la longitud silábica. El mismo Segala se contradice luego, ya que afirma que la recopilación de los cantares, lejos de estar relacionada con los jesuitas, fue un “esfuerzo dedicado a Sahagún, tanto en vista de su uso científico como para proporcionarle material destinado a su producción personal en náhuatl” (p. 160-161). ¿Es posible que Segala, con el rigor crítico que exige a los que estudian las fuentes de esta literatura, haya estudiado este manuscrito que parece no haber contemplado, ya que jamás incluye lo que él designa como “el uso generalizado del saltillo y del agudo”? (p. 159).

Como resultaría fastidioso continuar ejemplificando el gran número de flagrantes equivocaciones en que incurre el señor Segala, sólo aludiré a unas pocas más. Afirma respecto de los textos recogidos por Sahagún que, de la etapa en que estuvo en el convento de San Francisco de México (1565-1569), “desafortunadamente no tenemos ningún testimonio” (p. 99). Esto es falso. El mismo fray Bernardino notó que “los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas a los doce libros cuando se iban sacando en blanco. De manera que el primer cedazo por donde se cernieron fueron los de Tepepulco; el segundo, los de Tlatelolco; el tercero los de México. . .” (Prólogo al libro II de la *Historia general*). Entre lo que “añadieron los de México” señala el mismo Sahagún algunas referencias sobre los señores que gobernaron allí incluidas en el libro VIII de la *Historia general*; también está la sección o apéndice acerca de “las abusiones”, no incluida en los manuscritos de Tlatelolco y que aparece al final del libro IV del *Florentino*, y los textos, de considerable importancia, que fueron fruto de la revisión y añadido, en materia de medicina (libro XI de la *Historia general*), por varios *titich*, médicos de México-Tenochtitlan.

Atribuye equivocadamente, en cambio, Segala, a la documentación reunida por Sahagún, un testimonio relacionado con las exacciones de los mexicas a los señores de Chalco y Cuitláhuac (p. 82 en nota). Tal testimonio que tomó de mi libro *Los antiguos mexicanos* (sin citarme), México, Fondo de Cultura Económica, 1961 (p. 190) lo ofrece fray Diego Durán en su *Historia de las Indias de la Nueva España* (edición de Ángel María Garibay, México, 1967, v. II, p. 122).

Otro ejemplo de las incoherencias en que incurre el autor de este libro

lo tenemos en lo que dice sobre el año de la fundación de México-Tenochtitlan. En la página 54 escribe que fue en 1345. En cambio, en su "Secuencia cronológica" (p. 308), señala que ello ocurrió en 1325.

Teniendo a la vista este cúmulo de imprecisiones y errores que denotan no sólo desconocer la lengua náhuatl sino también no pocos aspectos de la correspondiente cultura indígena, uno se pregunta ¿sobre qué base firme, como la que Segala audazmente exige, "de un apoyo lingüístico bien establecido", formula luego sus consideraciones críticas acerca de los textos literarios y los trabajos de quienes los recogieron y, ya en tiempos modernos, los estudian y traducen?

El asombro ante las audaces afirmaciones de Segala crece de punto cuando vemos que llega a declarar que "es afortunado que, finalmente, en julio de 1988, la UNESCO ha tomado la iniciativa de proceder en la víspera del V Centenario a un estudio profundo de lo que debe hacerse para recuperar y hacer accesible el inmenso patrimonio material [de los testimonios en náhuatl] disperso en las bibliotecas de América y Europa. Esto se lleva a cabo [afirma Segala] entre otras razones como consecuencia de un proyecto que presentamos en 1986 a la Secretaría de la Organización y que es el fruto directo de las reflexiones contenidas en este libro" (p. 28). Arrogante y audaz afirmación es ésta. La UNESCO no emprende proyectos a solicitud de particulares sino a propuesta de los representantes de los países miembros de ella. El programa al que alude Segala —y al que la UNESCO ha aportado limitados recursos— se inició a partir de una "Reunión de expertos", a propuesta de la Delegación de México ante la UNESCO, en París, del 11 al 13 de junio, no en julio como dice Segala, de 1988. En dicha reunión no estuvo el señor Segala ya que se convocó precisamente a expertos en lengua y literatura nahuas. Ni él ni "las reflexiones contenidas en este libro" —según lo proclama— tuvieron que ver en absoluto con dicho proyecto.

Atenderé, a pesar de todo, como lo he ofrecido, a lo más sobresaliente de las enunciaciones y cuestionamientos que formula él en los capítulos que integran la que puede tenerse como una "segunda parte" de su libro. Cabe distribuir tales enunciados y cuestionamientos en tres clases principales: los que se refieren a la forma y fidelidad de las transmisiones de textos después de la conquista; los que apuntan a la antigüedad de las composiciones literarias y a sus autores, y al tema de las traducciones, complejo asunto que involucra una gama de problemas.

En lo que concierne a los diversos géneros de producciones en náhuatl, nota Segala que "no cabe duda de que el especialista que mejor ha explicado la fenomenología literaria *latu sensu* en lengua náhuatl según sus propias categorías, es M. León-Portilla" (p. 122). Acorde con este parecer emplea Segala dichas categorías a partir de los conceptos de *cuicatli*, "canto" (poesía. . .) y *tlahtolli*, "discurso" (prosa. . .). Se refiere luego a dichos géneros, y subgéneros dentro de ellos, siguiendo lo expuesto por quien esto escribe



y por Frances Karttunen y James Lockhart (éstos a propósito de la poesía). Dichos trabajos los pone en contraste con la aportación de Ángel María Garibay de quien dice que “siguió las categorías occidentales de la historia literaria”. Al menos le reconoce enseguida que su *Historia de la literatura náhuatl* “es un modelo en su género . . . y la reserva inagotable donde todo especialista encuentra el comentario y la referencia insustituible . . .” (p. 121-122).

Enuncia Segala, de acuerdo con Garibay, así como con los otros investigadores mencionados (y por supuesto hay otros más) que son fuentes para conocer los *cuicatl*, el manuscrito de *Cantares Mexicanos* (Biblioteca Nacional de México), el de *Romances de los Señores de la Nueva España*, (Colección Latinoamericana, Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin), el *Códice Florentino* (Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia) y los *Anales Históricos de la Nación Mexicana* (Biblioteca Nacional, París). Este último manuscrito —aunque incluye algunos pocos *cuicatl*—, pertenece obviamente al género de los *tlahtolli*, en su subgénero de *ihmoloca*, “lo que se dice de alguien”, es decir de contenido narrativo-histórico.

Presenta más adelante Segala otro elenco de textos —entre ellos varios códices pictográficos— como las fuentes que pertenecen al género de los *tlahtolli*. Aunque su presentación es bastante sumaria, puede decirse que, apoyándose en los autores citados, describe adecuadamente los atributos principales de los *cuicatl* y los *tlahtolli*.

Al concentrarse luego en lo que otros han expuesto sobre los manuscritos

tos de *Cantares* y *Romances*, da por un hecho que los primeros se recopilaron para Sahagún (p. 160-161) y que los segundos están vinculados con el trabajo del cronista Juan Bautista Pomar. Respecto de que “el método utilizado [en la recopilación de estas composiciones] parece el típico de Olmos y Sahagún . . .” (p. 160), importa ponderar lo que acerca de esto expone Segala, asunto al que me he ya referido. Notaré aquí además que en su aplicación de un enfoque crítico reitera problemas ya percibidos y expuestos por otros, como los de “la riqueza y ambigüedad de las fuentes” o los que se presentan “cuando se trata de separar o distinguir la información que dan acerca de la época anterior a la conquista y la que no pertenece a esa época, ya sea porque las concepciones de los mismos indígenas se transformaron bajo el impacto colonial, o bien porque se les atribuían concepciones que les eran ajenas” (p. 117).

Al expresar consideraciones como éstas, de válidos alcances críticos, no hace Segala aplicaciones específicas de ellas a un texto determinado, en el sentido de hurgar qué es lo que puede tenerse como testimonio auténtico de la tradición prehispánica y qué como infiltración en el proceso de recopilación en la etapa colonial. Sus consideraciones de carácter general son a veces reiteradas críticas a aportaciones como las de Garibay, de quien afirma que realizó “una precolombinización extrema del conjunto del manuscrito” [de *Cantares*] (p. 165). Con tal expresión —sin hacer análisis ni siquiera de un solo texto según lo traduce y presenta Garibay—, quiere denotar Segala que don Ángel pretendía a todo hacer pasar cualesquier cantares como composiciones prehispánicas.

La lectura de las numerosas notas con que acompañó Garibay sus ediciones —como la de los *Romances* en *Poesía Náhuatl I*, 1964, UNAM, México— muestra que en cada caso sustentó él críticamente la atribución que podía hacerse de una determinada composición, tanto en lo que toca a su antigüedad, como su región de procedencia y aun eventual autor. Segala, que hace esta crítica y otras a Garibay, reconoce en él a pesar de todo, al “más fecundo y el más apasionado de los especialistas de la escuela mexicana, escuela prácticamente fundada por él . . .” (p. 164).

La parte en que Segala examina más detalladamente el tema del origen de los cantares mexicanos es la que dedica —en el capítulo IX— a la que describe como “una nueva interpretación de la poesía náhuatl”, refiriéndose al trabajo de John Bierhorst. Sostiene éste en su obra ya citada y publicada en 1985, que los cantares, como “una voz de ultratumba” (p. 235), “se obtienen mediante una acción de llamamiento y de invocación mediante las lágrimas o un esfuerzo físico que los reúne y los hace descender . . .” (p. 239). “Componer (es decir producir espíritus) es un acto de cooperación entre el cantor y su fuente ultramundana . . .” (p. 239).

En su interpretación supone Bierhorst —sin demostrarlo— que los nahuas, como los indígenas klamathes y modoc de Oregon y los sioux de las

llanuras, invocando espíritus, los hacían descender a la tierra con sus cantos. El origen de los cantares mexicanos es —según la hipótesis de Bierhorst— el mismo que el de esos *Ghost-songs*. Sólo que en el caso de los nahuas provienen de un movimiento nativista —de cuya existencia no ofrece prueba alguna— que según él, se produjo en la tercera mitad del siglo XVI. Los *Cantares mexicanos* son, por tanto, de acuerdo con la fantasía de Bierhorst, producciones del periodo colonial, invocaciones de espíritus que descenden para confortar a los vencidos y sometidos nahuas.

Sintiéndose atraído por esta interpretación, Segala la hace suya en principio, aunque, a medida que avanza en la redacción del capítulo que le dedica, parece dar entrada a la duda. Ello explica que, al final, y casi por un malabarismo, concluya diciendo que, “si la solución de Bierhorst explica mejor dentro de la economía de los *Cantares* algunos puntos de los textos, es decir que los aclara de manera insólita pero convincente, las [explicaciones] de Garibay y de León-Portilla parecen mejor adaptadas a otras circunstancias textuales” (p. 278). Y a continuación llega a afirmar algo que ninguno de los varios especialistas que han hecho dura crítica de la obra de Bierhorst había imaginado, entre ellos Karen Dakin, Frances Karttunen, Bernardo Ortiz de Montellano y, más recientemente, James Lockhart, así como yo mismo. La sorprendente conclusión de Segala es que “ambas interpretaciones [las de Garibay-León-Portilla y la de Bierhorst] se complementan y, en lugar de excluirse, se enriquecen recíprocamente” (p. 278).

Lo que no hace Segala —que procede por generalizaciones— es analizar siquiera una de las traducciones preparadas por Bierhorst en su edición de los *Cantares*, concebida a la luz de su fantasía de “los espíritus invocados y que retornan a la tierra”. Si se hubiera tomado Segala esa molestia —o mejor si hubiera estado capacitado para hacer tal análisis— se habría percatado de los múltiples errores o desviaciones en que incurre Bierhorst al traducir del náhuatl, para apuntalar así su espirituosa hipótesis. Ofreceré algunas muestras para no imitar a Segala procediendo a base de generalizaciones. En las páginas 228-229 del volumen I de la obra de Bierhorst traduce éste así:

Ca nican temoc y xochimiquitzli tlalpan
Flower mortals have descended

La oración significa: “Aquí ha bajado la muerte florida a la tierra.” No hay mortales florecidos que hayan descendido. El texto dice *xochimiquitzli* (muerte florida) y no *xochimicque* (mortales florecidos); el verbo es singular *temoc* (bajó) y no *temocque* (bajaron). La versión equivocada la introdujo Bierhorst para que sus espíritus entraran en escena. El sentido del texto es alusión a las llamadas guerras floridas, *xochiyaoyotl*, en las cuales tenía lugar esa muerte florida que daría un destino a los guerreros que perecían y

que se convertirían en compañeros del Sol. A continuación Bierhorst cae en otro parecido error:

Aci yehua ye nican in tlapallan quichihuan tonahuac
onoque, ohuace.

Traduce él:

Our comrades who create them in Tlapallan are arriving
here on earth.

El texto significa:

Se acerca ya aquí ella [la muerte florida] la inventan en Tlapallan los que a nuestro lado están.

Errores evidentes son los tales *comrades*, camaradas, que en el texto no aparecen. Está el singular *yehua*, "él o ella" y no *yehuantin*, "ellos" en plural. Por el contexto se ve que se refiere a *xochimiquiztli*, la muerte florida. Tampoco "están llegando aquí a la tierra", "are arriving here on earth", espíritus algunos. *Tonahuac onoque* significa "los que a nuestro lado están", es decir los que provocan o inician las guerras floridas.

James Lockhart, que escribió recientemente un ensayo-reseña acerca de la obra de Bierhorst, intitulado "Care, Ingenuity and Irresponsibility: The Bierhorst Edition of the *Cantares Mexicanos*" ("Cuidado, ingenuidad e irresponsabilidad: la edición de Bierhorst de los *Cantares Mexicanos*") en *Review of Anthropology*, v. 16, p. 119-132, analiza numerosos errores en las versiones de Bierhorst. De ellos entresaco éstos:

Texto	Versión de Bierhorst	Traducción correcta
titoliniao tle	¿Cómo podemos volver	Somos pobres (afligidos)
titocuepazco	si somos pobres?	¿Qué nos sucederá?
ymixpampa	Se están irguiendo	Están huyendo de ellos
hualehua	contra ellos	
oc no chicopa	del otro lado	Siete veces más
notlayocol a	El es mi creación	Manifiesto mi tristeza
noconayaihtoa	yo lo declaro	

La lista de traducciones erróneas podría alargarse mucho. Bierhorst, que tiene por otra parte el mérito de haber hecho una paleografía aceptable del manuscrito de *Cantares*, se desvía con frecuencia en su versión, porque con ella, en círculo vicioso, quiere dar apoyo a su fantasía de los espíritus. Es también lástima que Segala, atraído por esto, le conceda atención sin exa-

men crítico, como el que supone analizar la traducción siquiera de un solo texto náhuatl.

Quien como Segala desconoce la lengua de la literatura sobre la que tuvo el valor de presentar una tesis doctoral, no está preparado para este género de análisis. Lo que afirma es resultado de sus impresiones y tal vez simpatías.

Por ello creo que no pueden tomarse en serio ni sus laudanzas —formula no pocas acerca de investigadores como Garibay, Lockhart, Karttunen y acerca de mí—, ni tampoco sus comentarios adversos. Acerca de mí expresa en un lugar “M. León-Portilla, que sin duda es uno de los mejores conocedores de esta lengua . . .” (p. 119). En otro, en cambio, sentencia que “sus traducciones [se refiere a las que yo he publicado] son de una gran belleza y sacrifican la fidelidad en aras de la claridad . . .” (p. 166 en nota). ¿Cómo puede saber —quien desconoce el náhuatl!— que unas traducciones “de gran belleza”, “sacrifican la fidelidad en aras de la claridad”? ¿Por qué no ejemplifica su afirmación aduciendo las composiciones en las que fui causa de que la fidelidad se perdiera?

A sólo dos puntos más aludiré. Sostiene Segala que tanto Garibay como yo hemos pretendido atribuir antigüedad prehispánica a composiciones de origen que él tiene por dudoso y que, además, hemos pretendido “individualizar” algunas de esas producciones adjudicándoles autores determi-



nados del México anterior a la conquista. Diré que aquí tampoco entra Segala en análisis específicos sino que reincide en generalidades. Un solo ejemplo aduce en el que, citando a López Austin, sostiene que *ixe*, *yollo* no significa “dueño de rostro, dueño de corazón”, sino “dueño de ojos, dueño de corazón” (p. 304, en nota). Respecto de este ejemplo vale recordar que *ixtli*, como lo indica fray Alonso de Molina en su *Vocabulario*, significa primeramente “rostro” y, por extensión, “ojo”. *Ixtelotli* es el vocablo que equivale a “ojo”. Su etimología es: “lo redondo” (*ololli*), como una *tetl* (piedra), en el rostro (*ix-tli*).

Ilustran el sentido metafórico de *ixtli*, *yollotl*, “rostro, corazón”, como lo que es propio del ser humano, su persona, algunas expresiones en varios *huehuehlahtolli*, testimonios de la antigua palabra: *Niquellaquahua in amixtzin, in amoyollotzin*, “Doy ánimo a vuestros rostros, a vuestros corazones”; *Ic namechonnopechtequilia, nictlatlauhtia in amixtzin, in amoyollotzin*, “Me inclino ante vosotros, me dirijo (ruego) a vuestros rostros, a vuestros corazones”.

Sahagún, al tratar de las partes del cuerpo humano, muestra ciertamente que *ixtli*, además de rostro, significa, por extensión, “ojo”. Entre los vocablos compuestos que aduce, los hay con uno y otro sentido. Varios denotan el rostro como metáfora de la persona: *ix-mahuizihua*, “tiene honra el rostro”; *ix-icnoyo*, “rostro piadoso” (persona compasiva) . . . Abundan en el *Vocabulario* de Alonso de Molina parecidos ejemplos: *ix-mauhti*, “tener autorizada persona”; *ix-(x) iptlati*, “asistir en lugar de otro o representar persona en farsa”; *ix-elehuia*, “codiciar a alguna persona”; *te-ix-pan niquiza*, “paso atrevidamente delante de alguna persona. . .”.

Difícil cosa es traducir sin inquirir antes en las fuentes acerca de las varias connotaciones que puede tener un vocablo. Y lo mismo hay que decir de la importancia que posee cualquier elemento morfológico o fonético, a veces no registrado por los que escribían en náhuatl en el siglo XVI y aún en tiempos posteriores. Un ejemplo es la frecuente omisión del registro del fonema oclusivo conocido como “saltillo”. Gramáticos como Antonio del Rincón, desde fines del siglo XVI y Horacio Carocho, a mediados del siglo XVII, mostraron cómo, por tratarse de vocablos distintos —con raíces diferentes— los aparentemente semejantes (los que incluyen tal fonema y los que no), tienen significados también diferentes. Un ejemplo de no tomar esto en cuenta lo ofrece quien ha sido mencionado antes por Segala, Alfredo López Austin, cuando en *Cuerpo humano e ideología*, México, UNAM, 1980 (v. 1, p. 202-203), trata de elucidar parcialmente “el complejo lingüístico *tlac*”. Interpreta allí la palabra *tlacatl*, “hombre”, como “el disminuido”, porque considera que tiene la misma raíz que otros vocablos que, a diferencia de él, incluyen el fonema oclusivo, “saltillo”, como *tlahco*, “que está a la mitad”; *tlahcah*, “medio día”; *tlahcahcic*, “llegado hasta la mitad”. Su inferencia de que *tlacatl* “hombre, significa literalmente el disminuido”

(p. 201), carece de fundamento, ya que se trata de palabras con raíces distintas.

Registran esta diferencia, entre otros, Richard Andrews en *Introduction to Classical Nahuatl*, Austin, 1983 (p. 475-476) y Frances Karttunen, *Analytical Dictionary of Nahuatl*, Austin, 1985 (p. 253). Nota Karttunen acerca de *tlahcah*, “medio día”; *tlahco*, “que está a la mitad, medio”, y otros vocablos con el saltillo, que son diferentes —contrastan— respecto de los que no incluyen tal fonema, como *tlacah* (plural de hombre); *tlactli*, “torso”, y otros que —en el *Vocabulario* de Molina, que no registra el fonema oclusivo— aparecen como si tuvieran relación entre sí (p. 259-260).

Dedicaré la parte final de este comentario a lo que expone Segala acerca de si es posible atribuir a autores determinados de la época prehispánica tales o cuales composiciones. Curiosamente, a pesar de que la obra de John Bierhorst, a la que ya he aludido, ha sido objeto de muy adversas reseñas, Segala se inclina por ella también en este punto. Siguiendo a Bierhorst, que tiene a los cantares como “Ghost Songs”, tiene Segala como poco o nada probables las atribuciones que se hacen en el manuscrito original a algunos forjadores de cantos. Considera que “la individualización demasiado clásica” de esos autores (p. 182) proviene de una actitud europeizante que no toma en cuenta el carácter comunitario de las sociedades indígenas.

Siendo innegable la existencia de ese hondo sentido comunitario, es, en cambio, interpretación eurocéntrica deducir de ello que en esas sociedades no se daba importancia a las personas ni a sus acciones individuales. El mismo Segala reconoce que, “respecto de si esos autores realmente existieron, y si son los autores de los poemas que algunas fuentes les atribuyen, puede responderse que se trata de un problema que hay que relacionar con el estatuto de la poesía, vehículo privilegiado de la ideología azteca, que no convenía expresar mediante el anonimato de los *cuicapicque* sino con el verbo con aura de los *Nezahualcōyotl* y los *Nezahualpilli*” (p. 182).

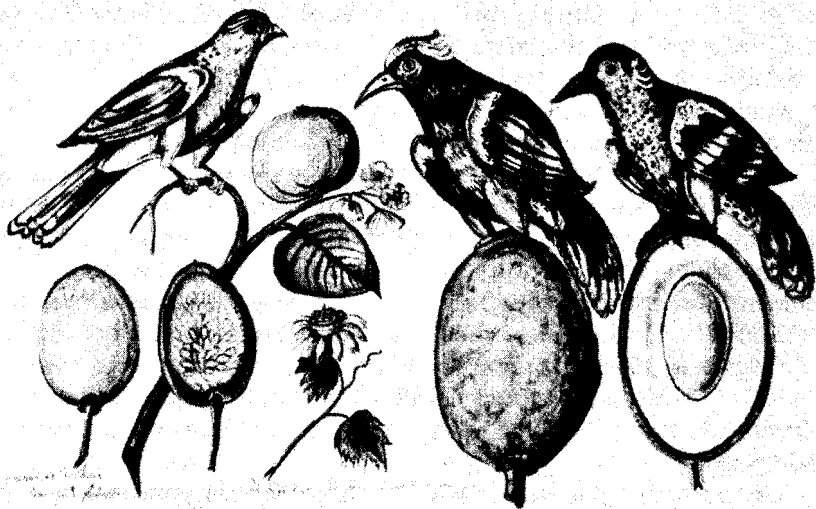
Es del todo cierto que múltiples fuentes mesoamericanas, completamente libres de influencia europea, como son las inscripciones mayas en numerosas estelas y los códices mixtecos prehispánicos, hacen referencias precisas a las personas y hechos de centenares o miles de señores, guerreros y otros, señalando el correspondiente lugar y tiempo en que actuaron. En el caso de la cultura de los nahuas cabe recordar el *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, preparado bajo la dirección de Rafael García Granados (3 v., México, UNAM, 1952-1953), en el que se reúne amplia información de códices y cronistas acerca de casi cuatro mil personajes prehispánicos.

La cuestión de las atribuciones de cantos y otras composiciones a personas cuyos nombres ofrecen las fuentes, no debe debatirse, como lo hacen Bierhorst y Segala a base de hipótesis como la de los “Ghost Songs” o de generalizaciones *a priori*. En cada caso deben analizarse críticamente esas

atribuciones confrontándolas con las noticias que pueden proporcionar otros testimonios, bien sean códices o textos indígenas transcritos ya con el alfabeto. Si por vía impresionística nos lanzáramos a opinar sobre la existencia de autores clásicos griegos o latinos —de cuyas obras sólo conocemos manuscritos muy tardíos— tal vez concluiríamos que, más que a ellos, esos textos debían atribuirse a los *scriptoria* de los monjes medievales. ¿No es algo parecido lo que a veces declaran y sentencian algunos de los nuevos críticos que, además de desconocer las lenguas indígenas, tampoco se han acercado en forma directa a las fuentes documentales?

Aunque la obra de Amos Segala toca numerosas cuestiones de interés acerca de la literatura en náhuatl e incluye importantes señalamientos críticos, carece en muchos casos, según lo he probado, de esos apoyos lingüísticos, filológicos e históricos que él mismo exige en sus primeras páginas. Aunque resulte duro decirlo, pienso que a este trabajo de Segala se le podrían aplicar apreciaciones parecidas a las que James Lockhart adjudicó al de Bierhorst: "Cuidado, ingenuidad e irresponsabilidad. . .".

Extraño es, a la luz de todo esto, que una institución como el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, o más específicamente quienes tienen la responsabilidad de sus ediciones, se dejaran sorprender y patrocinaran para su difusión en México la publicación de este libro. Es lamentable que



autores de este tipo de trabajos, que se presentan a veces con la cobertura de haber sido tesis aprobadas por universidades como la Sorbona y aparecen con la arrogancia y la audacia del ignorante, puedan sorprender no sólo a los editores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes sino malinformar y aun engañar en México a no pocos lectores en temas como éste, que tanto nos atañe, de la literatura náhuatl.

Miguel León-Portilla

Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM

Ángel Palerm Vich*

Cuando Carmen Viqueira Landa me habló, hará ya casi más de dos meses, para invitarme a participar en la presentación del libro que en homenaje a mi amigo y colega Ángel Palerm ha editado la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, acepté de inmediato, sin considerar el riesgo que asumía por segunda vez (la primera está asumida en *El exilio español en México*, 1982), pues mi formación profesional universitaria como historiador no me confiere ninguna autoridad para enjuiciar crítica, científicamente, una obra antológica de contenido antropológico y arqueológico como *México prehispánico, evolución ecológica del Valle de México*. Si acepté entonces, como acepto también hoy semejante contingencia, se debe a los muy gratos, profundos, azarosos y hasta apurados momentos en que convivimos como amigos, como colegas y como compañeros de armas, respectivamente, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuando ésta se encontraba en la histórica calle de La Moneda; en el milagro intelectual de Mascarones como alumnos de don Pablo Martínez del Río, y aclaro lo de milagro, repitiéndolo una vez más, pues ya lo he hecho con anterioridad, fundado en la feliz conjunción de extraordinarios maestros españoles transferrados con eminentes maestros mexicanos, los cuales dieron a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM una altura, profundidad y brillantez intelectuales emulatorias que hicieron época y de las que se sigue hablando inclusive en nuestros días. Y asimismo rememoro en esta secuencia temporal de recuerdos y emociones al comandante (mayor) Ángel, que con su brigada casi diezmada sostuvo durante la sangrienta batalla del Ebro, el cruce de Venta de Campusinos, que el ejército fascista

* Ángel Palerm, *México prehispánico. Ensayos sobre evolución y ecología*, Carmen Viqueira Landa, editora, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990, 500 p. (Regiones).

de Franco, partiendo de Gandesa-Corbera pugnaba por tomar, y que le permitiría por el flanco derecho llegar a Mora del Ebro, por el izquierdo a la Fatarella-Flix, cerrando en las pinzas o trampa estratégica a la última fuerza republicana defensora. Yo, y perdóneseme que hable en primera persona, desde La Picoso, montaña a espaldas de la Venta dirigía el fuego de un grupo ligero de artillería, del que era a mi vez comandante, y ayudaba con barreras de fuego artillero a contener las oleadas desesperadas del enemigo. El joven comandante Ángel tenía entonces 21 años, yo cumplía 23. Ambos fuimos evacuados tras haber sido heridos gravemente. Él lo había sido por tercera vez, para mí era la segunda. Si él hubiera vivido y estuviera hoy aquí con nosotros no me hubiera permitido comunicarles lo que les he referido; su modestia, su respeto a sí mismo, y su condolido reconcomio me lo hubiesen impedido.

Dicho esto, que no sé ciertamente si lo he expuesto públicamente impedido por un benevolente o malévolo duende, u obligado como Boecio, a manera de consuelo, si no por la vía filosófica, al menos por la histórica, *De Consolationes Historiae*. En la sede de las Juventudes Socialistas Unificadas, situada en una casona de la calle Miguel Schultz de la Colonia San Rafael, oímos alguna vez a Ángel Palerm referirse a la sorpresa que se llevan todos los españoles cuando pisan por primera vez suelo mexicano al cuestionárseles y objetárseles críticamente, no sin manifiesta acritud, su personalidad y valoración nacionales a cuenta de un pasado histórico juzgado negativa, peyorativamente. Ese pasado español es observado por los críticos tras la lenta matricidal de la leyenda negra, lo mismo en México que en el resto de Hispanoamérica. La presencia de esta emotiva realidad histórica, de este rasgo turbador que condiciona el carácter mexicano, caló profundamente en Palerm y asimismo en el grupo de jóvenes estudiosos españoles, y motivó de rechazo el abordaje crítico de la realidad presente mexicana en la cual se hallaban inmersos.

La crisis de conciencia surgía ante la doble instancia de sentirse españoles por nacimiento y tradición histórica, y la de sentirse también sinceramente mexicanos por adopción y afinidades electivas, digamos utilizando la expresión consagrada de Goethe: *Wahlverwandschaften*. Tal vez esta situación existencial haya sido la causante de que el mayor volumen de jóvenes exiliados estudiosos se inclinara por la antropología y el menor se decidiera por la historia, dada la mayor conflictividad de esta última, por lo que toca fundamentalmente a la mexicana, (conquista, colonia) para los futuros historiadores, a los que les es de todo punto imposible hurtarse a la subjetividad.

La antropología es siempre un conocimiento más concreto y objetivo; más directo y menos especulativo y emocional que la historia, y si a ello sumamos la tradición antropológica española del siglo XVI en América, a base de espléndidos e innovadores trabajos científicos (así lo eran aunque los

autores no se lo hubiesen propuesto de antemano) de los Sahagún, Motolinía, Landa, Zurita, Acosta, Toquemada, Durán, Mendieta y Las Casas, que sirvieron como guías y orientadores de la antropología mexicana moderna, toda inclinada a la praxis social en tanto que heredera de estos brillantes y originales trabajos. Nada tiene, por consiguiente, de raro que los jóvenes Palerm, Lorenzo, Armillas, Carrasco, Genovés, Viquería, Esteva, Serra, Villanueva, Magalí, etcétera se hayan a su vez inclinado al estudio de una ciencia del hombre, de tan espléndido pasado, original y revelador para ellos, y que les permitió tender un puente antropológico y arqueológico entre el pretérito luminoso y el futuro promisorio, dados unos antecedentes tan imprescindibles y tan útiles. Por eso pudo escribir Palerm, meditando sobre el caso, que la presencia de los antropólogos españoles en el exilio daría lugar, como ha acontecido, al reconocimiento histórico de sus aportes en el campo de la ciencia antropológica. Para estos jóvenes científicos españoles la situación hubiese sido más fácil si la antropología mexicana de aquel entonces hubiese sido exclusivamente teórica, de gabinete; pero tuvieron que encarar con entereza los problemas del país y superar su condición hispánica que los hacía vulnerables a los celos de un nacionalismo mexicano a ultranza y a las críticas provenientes del amplio abanico político. Sin embargo, aceptaron con entusiasmo la tradición crítica de la escuela antropológica mexicana, hicieron suyos sus proyectos, fines y realizaciones, y se sumaron a las tareas prácticas de la misma, sirviéndoles de apoyo la gloriosa tradición antropológica, ya citada, del siglo XVI novohispano, que les ayudó a integrarse física, moral e intelectualmente a la realidad de México.

Los numerosos trabajos de Ángel Palerm son considerados científicamente como una tarea crítica primordial de un antropólogo de nuestra propia sociedad, que investiga y profundiza en ella con vista a las futuras transformaciones. Por lo que respecta a la organización de las sociedades, Palerm proyecta hacia el futuro la diversidad cultural del pasado y nos ofrece la perspectiva de una posibilidad abierta a muchas nuevas clases de experiencia.

El objetivo primordial de Palerm es considerar equivocada la visión de un curso unilineal, rectilíneo de la evolución humana. Hoy día, el desencanto ante el fracaso de la práctica económico-política del marxismo ha hecho proliferar, tanto en el campo intelectual de la burguesía como en el del socialismo, críticos audaces y comentaristas maliciosos empeñados en hacer leña del enorme árbol supuestamente caído de la filosofía marxista. Todo el mundo lo hace hoy; pero Palerm, adelantándose a su tiempo criticó, con razones mesuradas, el dogmatismo marxista, rechazó las consignas políticas surgidas no de las bases sino de las cúpulas, y calificó la dictadura stalinista de despotismo oriental, con gran escándalo de los fariseos marxistas de aquende y allende el océano. Su denuncia de la tesis antropológica marxista sobre el evolucionismo estrictamente lineal, que tenía como modelo



el exclusivo despliegue progresista europeo, atrajo sobre él los rayos ortodoxos de los intérpretes brahmanes, quienes a su gusto negaban el santo y seña de la Ilustración en desacuerdo con Kant: *No te atrevas a pensar*.

Parte fundamental de esta reedición de las investigaciones realizadas por Palerm, es la inclusión de su trabajo sobre las "Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México", de 1973. Amplia exploración documental realizada por Palerm en la Universidad de Texas y aportación excelente originada en el Seminario de Etnohistoria del Valle de México. La utilización casi exhaustiva de fuentes manuscritas e impresas, así como de mapas, tablas y gráficas preparados por los miembros del seminario, constituyen la prueba de la capacidad y dirección de un auténtico maestro, que no sólo trabaja para sí, sino que permite que sus seminaristas preparen a su vez en el seno del seminario estudios y publicaciones testimoniantes de una sólida preparación-guía y de un contagioso entusiasmo formativo y profesional.

Ocho capítulos o ensayos constituyen el resto de la selección, y de entre ellos destaca, según lo estimo, el primero, "Oriente y Occidente", en donde el autor desecha dos prejuicios evolucionistas, la creencia en la evolución lineal y la fe de identificar dicha evolución como progreso. Siguiendo a Gordon Childe se refiere Palerm a la diferencia ejemplar existente entre el mundo oriental y occidental al que pertenecemos. El Occidente aceptó e hizo suyos los instrumentos civilizadores de Oriente, pero no para eternizar el modelo en un proceso circular repetitivo, sino para innovar y transformar. Las grandes civilizaciones orientales tuvieron por base la agricultura

extensiva de regadío y el empleo despótico y masivo de la mano de obra. La amenaza para la civilización occidental, indica Palerm, y está en lo cierto, no radica en el cambio, sino en la inmovilidad. De seguro que cuando escribía esto pasaba por su mente crítica la inmovilización oligárquica y monopolista de los Habsburgos españoles con los que dio comienzo la decadencia del imperio español.

No podemos detenernos en todos y cada uno de los acuciosos estudios de Palerm y por ello brevemente aludiré a sus originales investigaciones, las cuales han mostrado la ineficacia de ciertas ideas y tópicos tenidos como autoritariamente inamovibles en la antropología y arqueología mexicanas. La divisa de Palerm fue la hegeliana: "Uno no encuentra sino lo que busca", a partir, por supuesto, de una hipótesis viable, y Palerm la tuvo muy presente durante sus investigaciones de campo. Me ha resultado particularmente valiosa la lectura de los ensayos-capítulos VI y VII, pues en ellos se muestran patentes y evocadores los conocimientos militares del antiguo combatiente en el examen de los conflictos bélicos y en las formas de ataque, defensa y fortificación en el mundo prehispánico.

También es motivo de elogio la utilización por parte del escritor de una prosa sencilla, clara y penetrante escrita en castellano, que para él era su segunda lengua.

En el último ensayo, el IX, se refiere el autor a la utilización del término Mesoamérica como un concepto estrictamente cultural y no geográfico. Y refiriéndose a la cultura agrícola mesoamericana, la base de ella, según Palerm, radicaba en el cultivo del misterioso maíz y de otras plantas de menor importancia nutritiva. Se refiere por último a los cuatro grandes sistemas agrícolas mesoamericanos: roza, barbecho, regadío y humedad y riego (chinampas).

Por último deseo subrayar la profunda españolidad de Ángel Palerm, quien hacía suyas las palabras del gran poeta y hombre de su siglo, el XVI, que fue el portugués Camoens, según el cual españoles eran todos los peninsulares sin excepción. En la revista juvenil *Presencia*, publicada en México por la década de los cuarenta, los jóvenes exiliados, y con ellos Palerm en primera línea, dejaron constancia de su preocupación crítica frente a los corifeos de las interpretaciones delirantes de la historia española a base de quijotismos, misticismos, heroísmos y demás habladurías y vividuras, que son simplemente interpretaciones paralizantes del pasado.

Para poner fin a la lectura de estos borriones quiero evocar desde aquí, con nostalgia y tristeza, la imagen prócer y el espíritu fuerte, amable, servicial y abierto de Ángel Palerm Vich, nuestro compañero en la guerra y en el exilio.

Juan A. Ortega y Medina
Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM

Diseño y cuidado de la edición:
Cristina Carbó
Todo material sin firmar
es responsabilidad de la jefe de redacción



Para este número se utilizaron ilustraciones tomadas de *The Drawings of Ignacio Tirsch. A Jesuit Missionary in Baja California.*

Composición tipográfica e impresión:
Talleres Gráficos de Cultura, S. A. de C. V.
Tiraje: 1 500 ejemplares

Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*,
favor de dirigirse a: Lic. Cristina Carbó
Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito doctor Mario de la Cueva
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Teléfonos: 548-38-09 y 665-13-44, extensión 7721

Cuando se habla de amor por el pasado
se debe tener cuidado
ya que se trata del amor por la vida;
la vida está mucho más en el pasado
que en el presente.
El presente siempre es un momento corto,
aunque su plenitud lo haga parecer eterno.
Cuando se ama la vida, se ama el pasado
porque es el presente tal como ha sobrevivido
en la memoria humana.

Marguerite Yourcenar